

Sociólogos *versus* ensayistas en Brasil y Argentina¹

*Alejandro Blanco
Luiz Carlos Jackson*

Resumen

El artículo propone un análisis comparado de las relaciones entre sociólogos y ensayistas hacia mediados de los años de 1950, momento decisivo de la institucionalización de dicha disciplina en Brasil y Argentina. Si en ambos casos ocurrieron disputas entre los practicantes de esos dos géneros de producción intelectual, hubo no obstante diferencias significativas. En Brasil, el combate más explícito y sostenido de los sociólogos contra los ensayistas disfracó la mayor continuidad entre ambos géneros en términos de temas, perspectivas teóricas e interpretaciones. En Argentina, en cambio, los sociólogos fueron discretos en esa disputa, a pesar de la menor continuidad entre ensayo y sociología. El trabajo examina esas diferencias teniendo en cuenta las tradiciones culturales, las formas de organización académica y las relaciones entre intelectuales y esfera política vigentes en cada país.

Palabras clave: ensayo, sociología, tradiciones intelectuales, organizaciones académicas, disputas.

¹ Este trabajo forma parte de una investigación en curso que tiene como eje una comparación de los procesos de fundación de la sociología en Brasil y Argentina. Agradecemos los valiosos comentarios de André Botelho y Antonio Brasil a una versión previa del mismo así, como las inestimables críticas y sugerencias de los evaluadores.

La investigación y redacción del presente trabajo contó con el apoyo financiero de una Beca de Profesor Visitante Internacional otorgada al profesor Alejandro Blanco por el Programa de Becas para Profesores Visitantes Internacionales de la Universidad de São Paulo.

*Abstract***Sociologists versus essayists in Brasil and Argentina**

This article proposes a compared analysis of the relations between sociologists and essayists around the middle of the 20th century, decisive moment of the institutionalization of sociology in Brazil and Argentina. Still when in both countries there were disputes between sociologists and essayists, they had different characteristics. In Brazil, the most explicit and lengthen combat of the sociologists against the essayists disguised the continuity between both type of intellectual production in terms of topics, theoretical perspectives and interpretations. In Argentina, the sociologists were discreet in this dispute, in spite of the minor continuity between essay and sociology. The paper examines these differences bearing in mind the cultural traditions, the forms of academic organization and the relations between intellectual and political sphere in force in both countries.

Key words: essay, sociology, intellectual traditions, academic organizations, disputes.

I

Hacia mediados del siglo XX, tanto en Brasil como en Argentina, la sociología moderna se legitimó en oposición al ensayo, diferentemente de como ocurrió en Europa y en Estados Unidos, donde, desde finales del siglo XIX, y en contextos intelectuales más diferenciados, enfrentó más directamente otros oponentes, como la literatura, la filosofía, la psicología y la historia (Ross, 1991; Lepenies, 1994; Heilbron, 2006). Más específicamente, se afirmó en oposición a la tradición de los ensayos que en las décadas de 1930 y de 1940 interpretaron los procesos de formación histórica y/o de construcción de identidades de las dos sociedades nacionales.

En los dos países, la década de 1930 estuvo marcada por transformaciones sociales y políticas profundas que desencadenaron revisiones del pasado nacional, y en ese contexto, el “ensayo” se tornó la forma expresiva más utilizada en tanto instrumento de análisis de la realidad nacional. Por eso mismo, la sociología tuvo que enfrentarlo para legitimarse. Debemos tener en cuenta, entretanto, que el término “ensayo”, como se verá más adelante, no designa fenómenos idénticos en los dos casos, y que su uso despreciativo² para caracterizar cierto estilo de trabajo intelectual —marcado genéricamente por

² En ese contexto, el término “ensayo” puede ser utilizado tanto como un calificativo positivo como negativo, dependiendo de quién lo utiliza y en qué circunstancias.

el sincretismo disciplinario y por la fuerte imantación política y literaria— se generalizó solamente en la segunda mitad de los años de 1950, justamente a través de la oposición con las emergentes ciencias sociales, que entonces se afirmaban como disciplinas científicas, fundadas en la especialización.

En ambos países, las rupturas que dieron origen a nuevas configuraciones políticas se relacionaron indirectamente con la crisis económica mundial de 1929. Los significados políticos de tales hechos —la “revolución” de 1930 en Brasil y el “golpe” militar que en Argentina puso fin al gobierno de Yrigoyen en el mismo año— fueron, entretanto, muy distintos. A pesar de haber resultado en la dictadura de Vargas, ratificada en 1937 con el “Estado Novo”, la revolución de 1930, al romper con la “República Oligárquica”, erigida sobre un orden político conservador que privilegiaba los intereses económicos de los productores de café de São Paulo, implicó cierto grado de apertura política. En Argentina, en cambio, el golpe de 1930, que interrumpió la experiencia de democratización política iniciada con el primer gobierno radical en 1916, fue claramente autoritario (Devoto y Fausto, 2008). En el ámbito cultural, esa diferencia se expresó en la participación más efectiva del Estado brasileiro en la gestión de la vida cultural y en la inserción profesional de los intelectuales y artistas brasileños en las universidades y en las numerosas instituciones públicas creadas en ese periodo. Hubo también un desarrollo notable de la prensa y del mercado editorial fuertemente impulsado por iniciativas privadas (Candido, 1987; Pontes, 2001; Miceli, 2001a; Arruda, 2001; Sorá, 2010). En Argentina, aun cuando no deba exagerarse la ausencia del Estado en la gestión cultural (Gramuglio, 2001), en términos comparados, la expansión del mercado cultural provino fundamentalmente de iniciativas patrocinadas por agentes privados. Tales condiciones fortalecieron en Brasil una expectativa más optimista de los intelectuales con relación a las posibilidades de modernización de la sociedad y de la cultura. En la Argentina, en cambio, las nuevas condiciones generaron un clima de fuerte pesimismo que sería característico de la producción ensayística del periodo (Falcoff, 1975).³

Ahora bien, un examen comparado de los casos de Brasil y Argentina revela que el combate más explícito y sostenido de los sociólogos contra los ensayistas tuvo lugar allí donde —como es el caso de Brasil— existió una mayor continuidad entre ambos géneros en términos de temas, perspectivas teóricas e interpretaciones. En Argentina, en cambio, los sociólogos fueron

³A pesar de la relación entre el pesimismo y la crisis derivada de la ruptura política ocurrida en 1930, algo de esa actitud forma parte de la propia tradición intelectual argentina (Gorelik, 2005).

discretos en esa disputa, a pesar de la menor continuidad entre ensayo y sociología. ¿Cómo explicar entonces esa diferencia? Nuestra respuesta articula tres dimensiones analíticas: las tradiciones intelectuales, las formas de organización académica y las relaciones entre intelectuales y esfera política.

La elección de Brasil y Argentina como punto de partida para un estudio más amplio que incorpore también otras experiencias nacionales, como las que tuvieron lugar en México, Chile y otros países de América Latina, se justifica en primer lugar porque, aunque inserta en tradiciones intelectuales, historias políticas y formas de organización académicas muy diferentes, la nueva disciplina se impuso en las dos experiencias de manera especialmente fecunda entre las décadas de 1950 y de 1960. En segundo lugar porque en ambos países la sociología se institucionalizó como disciplina científica en el interior de la universidad, lo que permitió una articulación más efectiva de la enseñanza y la investigación, el surgimiento de liderazgos intelectuales, así como la formación de una nueva cultura intelectual, caracterizada por la exigencia de profesionalización, por la valorización del trabajo en equipo, por la imposición de un lenguaje científico y por el desarrollo de proyectos académicos y de programas colectivos de investigación. En tal sentido, en ambas experiencias se constituyeron emprendimientos próximos de lo que convencionalmente se denomina una “escuela”, o sea, la de un grupo intelectual formado por un líder y discípulos, reunidos en torno de ideas, técnicas y disposiciones normativas, y que piensan su actividad como una misión (Tiryakian, 1979; Bulmer, 1984). Tales innovaciones se relacionaron con las figuras de Florestan Fernandes, en Brasil, y de Gino Germani, en Argentina, “liderazgos carismáticos” que ocuparon posiciones intelectuales destacadas como sociólogos en las décadas de 1950 y 1960.

Finalmente, antes de pasar al desarrollo de nuestro argumento, cabe un breve comentario sobre el método que orienta este trabajo. En esa dirección, entendemos que las dos experiencias en cuestión pueden ser mejor comprendidas por medio de una sociología comparada de la vida intelectual, que permite identificar problemas que en estudios de casos aislados no serían advertidos. El contraste entre experiencias dispares, pero condicionadas por factores comunes, permite asimismo iluminar sus aspectos más significativos. La comparación puede, todavía, indicar causas posibles para ciertos desenvolvimientos históricos por la presencia concomitante de ciertos factores y/o por la ausencia de otros, como lo comprueba el análisis clásico de Barrington Moore (1975) sobre los procesos de modernización en Europa y en Estados Unidos. El cotejo de casos produce un saludable efecto de desnaturalización de la observación histórica y sociológica, de tal manera que ciertas características inicialmente no problematizadas por ser percibidas como autoevidentes

revelan su contingencia. De eso resulta, eventualmente, una comprensión más matizada de los fenómenos estudiados.

II

Pasemos ahora a un examen de la evolución de las tradiciones intelectuales que moldearon ambas experiencias hasta desembocar en la emergencia del ensayo en los años de 1930 y 1940, aquel al que habría de enfrentarse la sociología y del cual buscaría diferenciarse. En un opúsculo esclarecedor sobre el desarrollo del ensayo hispanoamericano en general, y argentino en particular, el crítico argentino Jaime Rest ofrece una pista excelente para distinguir los casos argentino y brasileño. Después de afirmar la dificultad de circunscribir el ensayo como género, el autor lo define como “literatura de ideas”, en oposición a las formas consideradas más estrictamente literarias, la poesía y la novela, caracterizadas como “literatura de imaginación” (Rest, 1982). Ahora bien, y según una visión corriente de la historia literaria argentina, la literatura se habría iniciado en este último país después de la independencia (1810) y, magistralmente, con el *Facundo* (1845) de Sarmiento, o sea, con un ensayo, obra que, junto a las de Alberdi y Echeverría, inauguró una tradición intelectual que interpelaría directamente los eventos políticos que sucedieron a la revolución de Mayo y, especialmente, el gobierno de Rosas, interrumpido en 1852. Condicionada por el carácter conflictivo de los procesos de independencia y de organización de los Estados nacionales en la América hispánica, esta precedencia (y preeminencia) de la “literatura de ideas” con relación a la “literatura de imaginación” habría de condicionar, a su vez, el desarrollo ulterior de la tradición intelectual argentina.⁴ En los términos de Rest, esos primeros ensayos serían “operativos”; es decir, orientados por las posibilidades de transformación de la sociedad a partir de los modelos ofrecidos por los países centrales (Europa y Estados Unidos). Cabe recordar, asimismo, que esa primera generación llegaría al poder —destacándose la figura de Sarmiento, que se convertiría en presidente de la república— hecho indicativo de una de las principales características de la vida intelectual en ese momento: su fuerte imantación política.

Aun cuando se reconocieran como representantes del romanticismo, los escritores argentinos no se inclinaron prioritariamente por la poesía o por la

⁴ Si bien de manera no tan explícita, también Pedro Henríquez Ureña (1949) y Ángel Rama (2001) notaron la precedencia del ensayo con relación a la novela en las tradiciones literarias de América Latina, así como la excepcionalidad del caso brasileño en función del desarrollo temprano de ese último género.

novela (como ocurrió en Brasil), o sea, por la “literatura de imaginación”. Cultivaron, sobre todo, las diversas formas asumidas por la “literatura de ideas”, como los “escritos programáticos”, “trabajos periodísticos” y “estudios históricos y eruditos” (Rest, 1982; Prieto, 1968a). Alrededor de los años 1880, cuando se estabilizó la política argentina, bajo la presidencia de Julio Roca, la vida literaria comenzó a diferenciarse, fenómeno relacionado con la ampliación del aparato cultural público, que tuvo lugar a partir del desarrollo de un sistema educacional básico y superior, del periodismo, y con el aumento y cambio en la composición social del universo de los lectores (Prieto, 1956; 1988; Viñas, 1964; Tedesco, 1982; Altamirano y Sarlo, 1983). Con relación a la prensa, cabe notar para ese momento un cambio cualitativo —de la opinión política a la información—. Periódicos como *La Nación* (1870) y *La Prensa* (1869) se tornaron a partir de entonces cada vez más profesionales, ajustados al nuevo público, siguiendo una tendencia modernizadora que ya había tenido lugar en Europa. En tal contexto, el papel social de los intelectuales se transformaría por medio de una profesionalización creciente de su actividad y de un distanciamiento parcial de la esfera política.

El avance de la “literatura de imaginación” se asoció a una toma de conciencia artística por parte de los escritores que ya no se identificaban como “generales de la nación, estadistas o polígrafos” (Prieto, 1980: 5). Si bien no plenamente profesionalizada y todavía ligada directamente a la vida política —escritores como Eduardo Wilde, Lucio Mansilla y Miguel Cané ejercieron cargos importantes en los poderes Legislativo y Ejecutivo—, tal generación adoptaría una actitud más cuidadosa en la composición de las obras, empeñada en la defensa de una función más estrictamente literaria. Los autores citados se dedicaron, sobre todo, a una “literatura de evocación” con características narrativas (Prieto, 1968a). Casi al mismo tiempo, la novela ganaba por primera vez cierta relevancia, siendo ahora cultivada no de manera accidental, como una derivación del ensayo, sino por escritores especializados en ese género. Aun cuando algo en esa dirección ya hubiese ocurrido en el romanticismo, momento de la publicación de *Amalia* (1851), de José Mármol, es a partir de la década de 1880 que la novela consigue ganar un espacio más significativo en el cuadro de la literatura argentina (Dámaso Martínez, 1980; Delgado, 1980). Vinculadas al movimiento naturalista y al llamado “ciclo de la bolsa”, las obras publicadas por Eugenio Cambaceres, y poco después por Julián Martel y Segundo Villafañe, constituirían el eje para el posterior desarrollo del género en el país (Avellaneda, 1980). En comparación con el caso brasileño, por tanto, en Argentina la consolidación de la novela fue un fenómeno tardío. Si tuviésemos que esbozar la progresión de una jerarquía de géneros en los dos casos entre 1850 y 1930, sin dudas que

estaríamos, esquemáticamente hablando, frente a experiencias casi opuestas. En Argentina, el ensayo sería el género inicialmente dominante, seguido por la poesía y (después) por la novela. En Brasil, desde la independencia (1822), la poesía y la novela tendrían precedencia con relación al ensayo, que se afirmaría a partir de la crisis del II Imperio (1870), consagrándose como género tan importante como los anteriores alrededor de los años de 1930. Dicho de otro modo, y todavía más sintéticamente, en el primer caso la “literatura de imaginación” sucede a la “literatura de ideas”; en el segundo, el movimiento contrario prevalece.

En Argentina, esa toma de conciencia literaria, asociada a la constitución incipiente de un sistema académico moderno⁵ a partir de la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1896), implicó la emergencia, en el interior del género ensayístico, de dos vertientes claramente diferenciadas. La primera, encarnada en el “ensayo positivista”, estuvo asociada al surgimiento de un nuevo tipo de intelectual, definido por la asimilación de una cultura científica y por vínculos de orden variada con las diversas instituciones universitarias. Los autores más importantes de esa orientación general fueron José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Juan Agustín García y José Ingenieros (Terán, 1987; Altamirano, 2004). La segunda vertiente, la del “ensayo espiritualista”, reuniría la llamada “generación del centenario”.⁶ Escritores como Manuel Gálvez y Ricardo Rojas se alinearon con una posición contraria al positivismo e incorporaron una intención artística e idealizadora (Rest, 1982), afirmando los principios del “nacionalismo cultural”, que reaccionaba a la inmigración masiva intensificada en las dos últimas décadas del siglo XIX, entonces entendida como una amenaza a la consolidación de la identidad nacional. El antídoto prescrito se asociaba a la valorización de las tradiciones hispánicas o *criollas*. En la misma dirección se inscriben las conferencias de Lugones, reunidas en *El payador*, en las que el poeta reivindicó para la obra de José Hernández, *Martín Fierro*, el estatuto de un poema épico nacional (Altamirano y Sarlo, 1983; Terán, 1993). Otro hecho importante, relacionado con ese contexto, fue la creación, en 1913, de la Cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires —iniciativa de la

⁵ Siguiendo a Joseph Ben-David (1971), entendemos por “sistema académico moderno” una organización universitaria que integra enseñanza e investigación, propiciando la formación de grupos de investigadores y promoviendo su profesionalización. Tal configuración aparecería inicialmente en Alemania durante el siglo XIX y alcanzaría su máxima expresión en el siglo XX en las universidades norteamericanas.

⁶ Esa diferenciación conduciría a una oposición entre “profesores” y “escritores”, envueltos en una disputa por la autoridad intelectual (Altamirano, 2004).

elite tradicional, que pretendía reforzar en el interior de la universidad las tradiciones criollas—, así como la indicación de Ricardo Rojas, miembro de una poderosa familia del interior, para regirla.

Las dos vertientes del ensayismo, entretanto, expresan una nueva representación colectiva de la actividad intelectual, entendida cada vez más como profesión, sea en función de los vínculos con la universidad (la cátedra), sea con el periodismo y las diversas instancias de sociabilidad, en las cuales se constituyó una nueva identidad social: la del escritor casi enteramente dedicado a su actividad. Con relación a los vínculos establecidos con la esfera política, en ese momento los intelectuales ya no ocupan cargos elevados como los que ejercieron los de la generación anterior, sino posiciones secundarias en la administración pública. Es casi un consenso en la bibliografía que ese viraje habría tenido como punto de referencia el “modernismo”. Antes de avanzar, una distinción terminológica se impone, ya que esa palabra designa cosas distintas en las dos tradiciones en cuestión. En Argentina (y también en la América española), no se refiere, como en Brasil, a las vanguardias artísticas y literarias de los años de 1920, sino a un movimiento literario anterior, relacionado con la literatura española de finales del siglo XIX, que tuvo en el nicaragüense Rubén Darío y en el argentino Leopoldo Lugones a sus figuras más expresivas (Jitrik, 1980). La articulación más consistente de los escritores (Zanetti, 2008) y la renovación del lenguaje poético propuesto por ese movimiento se vincularon a una visión nacionalista derivada del relativo apaciguamiento de la vida política y del impacto creciente de la inmigración. Al mismo tiempo, reflejaba las condiciones específicas de la vida cultural, ya relativamente distanciada de la arena política, tal como fuera señalado. En los años siguientes, en torno del centenario (1910), cierto grado de autonomía y diferenciación caracterizaría aquel universo. Eso se puede verificar, también, por medio de la emergencia de la crítica literaria, encarnada por figuras como Pedro Goyena, Martín García Mérou, Calixto Oyuela y el francés Paul Groussac. Este último fue quien más se aproximó de una actitud más estrictamente especializada, consciente del papel que la crítica desempeñaría en las décadas siguientes con la constitución del campo literario argentino (Borello, 1968; Prieto, 1980; Perosio y Rivarola, 1980). Desde entonces, la prensa, la universidad y las revistas literarias serían los puntos de apoyo social de las diversas tendencias que reunían artistas e intelectuales porteños. En tanto espacios de sociabilidad, los cafés substituyeron progresivamente los salones literarios privados, señalando una democratización que tenía como base alteraciones en la composición social de esos grupos intelectuales.

La profesionalización del escritor tuvo en el crecimiento notable de la prensa en las últimas décadas del siglo XIX un condicionante decisivo. Para

tener una idea más aproximada de la dimensión de ese fenómeno, algunos datos deben ser mencionados. En 1877, Argentina detentaba la cuarta posición mundial en el número de periódicos (diarios, semanarios, revistas mensuales, etc.) por habitantes (1 por 15 700). Cinco años más tarde, pasaría a la tercera posición en ese índice (1 por 13 509). O sea, la prensa crecía más rápido que la población (Prieto, 1988), justamente cuando esta última aumentaba fuertemente, conforme los datos que serán presentados enseguida. Además de los periódicos publicados en Buenos Aires, *La Prensa* y *La Nación*, el semanario *Caras y Caretas* alcanzó tiradas notables, como la que conmemoró el centenario de la independencia, con 201 150 ejemplares de 400 páginas. En las primeras décadas del siglo XX, las trayectorias de los escritores Roberto Arlt y Horacio Quiroga son bien expresivas de ese nuevo contexto cultural: ambos vivieron de los salarios recibidos de la prensa.

En la universidad, segundo punto de apoyo de ese triángulo de instituciones que estructuraban la vida intelectual, también ocurría una transformación en dirección a la profesionalización y diferenciación disciplinaria. Ya señalamos que la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1896 fue el comienzo de un proceso de modernización del sistema universitario argentino, que tendría también en la Universidad de La Plata (creada en 1897 y nacionalizada en 1905) otro de sus centros. El significado principal de esa modernización residió, por lo menos en términos programáticos, en el pasaje de una enseñanza de tipo profesional hacia una de carácter científico (Buchbinder, 1997; 2005). En función de nuestro argumento, importa señalar que en el contexto de ese proceso la sociología fue incorporada a la enseñanza universitaria de las nuevas carreras (filosofía y letras), como así también de las tradicionales (derecho).

Esas transformaciones se relacionan con el proceso amplio de modernización ocurrido desde la segunda mitad del siglo XIX y acelerado en la década de 1880. El crecimiento del proletariado y de las clases medias, resultantes de la inmigración, y las políticas de alfabetización masiva, alteraron profundamente la estructura social de la Argentina, sobre todo en Buenos Aires. En términos comparativos, debemos notar que la inmigración europea tuvo un impacto extraordinario en dicho país. Hasta 1920, Argentina recibió la mayor proporción de inmigrantes europeos en el mundo. Según el censo de 1914, 30% de la población argentina era inmigrante. En Brasil, en 1920, los extranjeros representaban aproximadamente 5% de la población. En Buenos Aires, en 1914, del total de los casi 1 500 000 habitantes, 49% eran inmigrantes.⁷ En São Paulo, en 1920, de un total 580 000 habitantes,

⁷ Gino Germani evaluó el fenómeno en los siguientes términos: “Debido a la concentración

los extranjeros constituían 35%,⁸ mientras que en Rio de Janeiro, también en 1920, el porcentaje de inmigrantes era de 15% (Devoto y Fausto, 2008; Bernasconi y Truzzi, 2000).

Los datos numéricos ofrecen una idea bastante precisa respecto del significado de la inmigración en los dos países: su impacto en la Argentina fue mucho más significativo. Entretanto, si comparamos las magnitudes de la inmigración en esas ciudades advertimos que São Paulo se aproxima de Buenos Aires, en tanto Rio de Janeiro se distancia. Debemos tener en cuenta, también, que las experiencias nacionales se diferencian en función de las repercusiones e implicancias simbólicas generadas en cada caso. En Argentina, el resultado más concreto de esa nueva situación fue el programa del “nacionalismo cultural” que informara los proyectos políticos y culturales más importantes del periodo. En Brasil, aun cuando la inmigración no haya estado ausente de la discusión pública y del debate intelectual, su interés estuvo subordinado a las controversias relativas a la transformación en el régimen de trabajo y a los efectos posibles en términos del blanqueamiento de la población, sobre todo en São Paulo. Ciertamente, la importancia relativamente menor del tema en Brasil puede ser comprendida en función tanto de la menor proporción de inmigrantes con relación al total de la población, como del carácter más circunscripto de la inmigración masiva, concentrada (más de la mitad) en el estado y en la ciudad de São Paulo (Hall, 1969). En Argentina, en cambio, y desde 1880 en adelante, el tema de la inmigración estuvo en el centro del debate político e intelectual. En la producción cultural, ese proceso generó una reacción xenófoba, más o menos intensa, que se expresó inicialmente en la novela naturalista de finales del siglo XIX, y permaneciendo como trazo decisivo hasta mediados de la década de 1930 (Avellaneda, 1980; Jitrik, 1980; Onega, 1982). El resultado más concreto de esa nueva situación fue el programa del “nacionalismo cultural”, que informara los proyectos políticos y culturales más importantes del periodo.

Al mismo tiempo, algunos descendientes de inmigrantes comienzan a ganar espacio en diversas instituciones de la vida intelectual y artística,

geográfica de los inmigrantes (en la zona de Buenos Aires y en el litoral), a su prevaleciente radicación urbana y a su concentración en las edades jóvenes y adultas, en el área metropolitana de Buenos Aires se alcanzó durante cuatro o cinco décadas la extraordinaria proporción de ocho extranjeros por cada diez varones de 20 años y más. Y esta proporción fue también muy elevada (5 o 6) en el litoral. Por lo tanto, durante el periodo de la inmigración masiva, hasta aproximadamente la década del treinta, la Argentina, en su zona más importante desde el punto de vista político y económico, fue literalmente un país de extranjeros” (Germani, 1965: 2380).

⁸Además, São Paulo era todavía una ciudad provinciana con relación a la cosmopolita Buenos Aires. En ese aspecto, Rio de Janeiro se aproximaba más de Buenos Aires, también por ser el centro político y administrativo del país.

especialmente en las revistas literarias, tercer punto de apoyo del campo intelectual en ese periodo. La revista *Nosotros*, creada en 1907, fue dirigida por dos hijos de la inmigración italiana, los críticos Roberto Giusti y Alfredo Bianchi⁹ y, junto al periódico *La Nación*, sería una de las instancias de promoción y consagración literarias más significativas hasta finales de la década de 1920.¹⁰ Relacionados con ese contexto, algunos aspectos deben ser destacados. El primero concierne a la mayor importancia, en comparación con Brasil, del mecenazgo privado, ejercido por la elite tradicional “terratiente” o por nuevos empresarios especializados en la producción de diarios, revistas y libros (Miceli, 2004). El segundo se vincula con el papel decisivo que desempeñarían las revistas literarias en el campo intelectual argentino durante todo el siglo XX (Lafleur, Provenzano y Alonso, 2006), hecho indicativo de la importancia creciente de la “literatura de imaginación” en la vida intelectual y artística de ese país, diferentemente de lo que había ocurrido en el siglo XIX, cuando la “literatura de ideas” prevaleciera. El tercero se relaciona con el significado de la participación de Giusti, Bianchi y de otros inmigrantes o descendientes en el mercado cultural y en la vida intelectual desde el cambio de siglo. Los dos fueron alumnos de las primeras cohortes de la Facultad de Filosofía y Letras que proporcionó precozmente un canal de ascenso social a los sectores medios, formados mayoritariamente por inmigrantes y sus descendientes. Estos cambios estarían en el origen de una polarización progresiva del mundo intelectual y literario en función del origen *criollo* o inmigrante de sus agentes, tensión que se revela directamente en las disputas trabadas a lo largo del siglo XX entre los críticos literarios, en general hijos de la inmigración con formación universitaria, y los literatos, más frecuentemente descendientes de familias antiguas (Blanco y Jackson, 2011).

Como editores de *Nosotros*, Giusti y Bianchi ocupaban una posición importante en el campo literario, cuya orientación ideológica predominante, como ya vimos, era el “nacionalismo cultural”, promovido por escritores como Rojas, Lugones y Gálvez, que percibían en la presencia acrecida de la masa de inmigrantes invasores la disolución inminente de la nacionalidad argentina. La defensa de la lengua, como de la literatura nacional y de las tradiciones culturales locales, se encuadraron en esa misión patriótica urgente.

⁹ Roberto Giusti nació en Luca, Italia, en 1887; se radicó en la Argentina en 1895 y falleció en 1978. Alfredo Bianchi nació en Rosario en 1882 y murió en 1942 (Ravina, 1999).

¹⁰ A este respecto, cabe señalar que las revistas literarias constituyeron el soporte principal de la crítica literaria en la Argentina, teniendo los diarios una importancia relativamente menor. En Brasil, en cambio, no obstante la importancia de algunas revistas, fueron los diarios, a través de las llamadas “críticas de rodapé”, los que centralizaron el debate literario. Un análisis más detenido de esta cuestión en Blanco y Jackson (2011).

Aunque sintonizada con esa perspectiva, la revista no habría de plegarse unívocamente a ella, como lo revela la polémica que el mismo Giusti entabló desde las páginas de *Nosotros* con el programa de síntesis nacionalista propuesto por Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*.¹¹ Así, si no se oponía directamente al nacionalismo, reivindicaba, por la simple presencia de sus editores, el ingreso para los extranjeros en el mundo literario. En otras palabras, *Nosotros* no era unívocamente nacionalista o cosmopolita, sino una expresión típica de esa tensión (irreductible a una oposición simple) constitutiva del campo de fuerzas en el cual se movía la intelectualidad porteña, originada tanto de las clases tradicionales de Buenos Aires y del interior, como de los sectores medios emergentes, descendientes en su mayoría de inmigrantes recientes.

La relativa unificación del campo literario argentino, arbitrada por *Nosotros*, sería quebrada por la irrupción de las vanguardias hacia mediados de los años de 1920. No por casualidad, el vehículo de contestación de la literatura “convencional” sería el mismo que sustentaba a esta última: la revista literaria. *Prismas* (1921), *Inicial* (1923), *Proa* (1924) y, sobre todo, *Martín Fierro* (1924), ligadas al llamado “Grupo de Florida”, renovaron la vida literaria en Argentina, provocando una verdadera efervescencia colectiva en los sectores ligados a la vida cultural porteña. La crítica destacó la asimilación de las vanguardias europeas como uno de los saldos positivos de ese movimiento (Viñas, 1964; Prieto, 1969; Sarlo, 1988), pero relativizó el alcance de la supuesta ruptura ideológica provocada por esas publicaciones, que en verdad habrían reforzado las tensiones sociales ya mencionadas, las que oponían argentinos legítimos y descendientes de inmigrantes. En efecto, a partir de una crítica a la literatura comercial, dirigida al gran público y “contaminada” por un lenguaje popular que absorbía italianismos, *Martín Fierro* reivindicaría una expresión literaria más sofisticada y “auténticamente nacional”, enderezada a un público socialmente restringido, pero culturalmente capaz de aprehender tales formas expresivas. De todos modos, para el desarrollo de nuestro argumento no importa tanto saber cuál fue el grado de renovación producido por las vanguardias, sino enfatizar que a partir de ellas la literatura propiamente dicha (o “literatura de imaginación”) pasaría a ser el eje de la vida intelectual y artística del país.

¹¹ La polémica tuvo como punto de partida la reacción de Giusti a la publicación de *La restauración nacionalista*, de Rojas. A la perspectiva nacionalista defendida por Rojas en dicha obra, Giusti contraponía una orientación cosmopolita y universalista para la cultura (Sarlo, 1997). El programa de Rojas sería también criticado por otro hijo de la inmigración, el filósofo Coriolano Alberini, en reseña publicada en la *Revista Argentina de Ciencia Política*, en 1911 (Devoto, 2006).

La ampliación masiva del público, resultante del crecimiento demográfico excepcional y de las campañas de alfabetización, implicó una diferenciación en su composición social (Prieto, 1969). Desde ese punto de vista podemos aprehender la oposición en el interior de las vanguardias literarias, entre los grupos de Florida y Boedo, como una consecuencia de ese proceso. Al mismo tiempo, la emergencia de los movimientos de vanguardia reflejó la maduración del campo intelectual en Argentina (Sarlo, 1988). Si los integrantes del grupo de Florida se vinculaban mayoritariamente a las familias de las elites tradicionales, el caso de Borges es emblemático (Miceli, 2007); el grupo de Boedo estaba integrado sobre todo por descendientes de inmigrantes, que en esa época engrosaban las camadas medias de la sociedad porteña. Nucleados en torno de la revista *Los Pensadores* (1922), convertida en *Claridad* en 1926, apuntaban a una literatura realista, pero políticamente comprometida y accesible al gran público (Prieto, 1964; 1968b).

Esos movimientos irrumpieron durante un periodo de relativa estabilidad política y prosperidad económica, durante el gobierno radical (1922-1928) de Marcelo T. de Alvear. Tales condiciones se alterarían durante el segundo gobierno de Irigoyen, iniciado en 1928 e interrumpido por el golpe de 1930. La década siguiente estaría marcada por un fuerte pesimismo, expresado por los ensayos publicados en el periodo. Como ya fue dicho, las rupturas políticas ocurridas en Brasil y Argentina en 1930 tuvieron significados distintos e implicaron reacciones intelectuales igualmente distintas, en el caso brasileño relativamente más optimistas. En Argentina, en ese contexto fue creada la revista *Sur* (1931), capitaneada por Victoria Ocampo, principal medio en torno del cual giraría la vida literaria e intelectual desde entonces, hasta el final de la década de 1950 (Gramuglio, 1986; King, 1989).

Aun cuando sea difícil unificar la producción ensayística argentina de las décadas de 1930 y 1940, su comprensión exige tomar en cuenta la inscripción del género en el contexto más amplio de la evolución de la tradición intelectual. De modalidad expresiva dominante en el siglo XIX, fuertemente basado en una visión histórica y política (Sarmiento y Alberdi) de la formación social de ese país (Myers, 1998), y más tarde orientado por el positivismo, el ensayo cedería, progresivamente, espacio a las formas más estrictamente literarias, que se tornaron dominantes justamente entre el modernismo y el surgimiento de las vanguardias. De ese movimiento emerge un ensayo casi desconectado de disciplinas como la historia y la sociología, y fuertemente espiritualista. En comparación con la experiencia brasileña, el ensayo de la década de 1930 en Argentina no representó, por tanto, una transición entre la literatura y la sociología, sino un distanciamiento con relación a esta última, sobre todo si tomamos como referencia el ensayo “operativo” de media-

dos del siglo XIX y el ensayo “positivista” de finales de ese mismo siglo, que eran más sociológicos. Una evidencia de ese movimiento se encuentra en el hecho de que la revista *Sur* no solamente acogió a los principales ensayistas del periodo —Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Alberto Erro y Bernardo Canal Feijóo fueron miembros o colaboradores regulares de la revista—, sino que se convirtió en una promotora directa del género a través de su propio sello editorial.¹² Tal proximidad de *Sur* —sin dudas la revista literaria más importante entre 1930 y 1950— con el ensayismo refuerza el carácter literario del género en tal contexto.

La comprensión de esos trazos específicos del ensayismo argentino es fundamental para explicar por qué en ese caso no hubo continuidad entre ensayo y sociología, diferentemente de lo que ocurrió en Brasil. Hay cierto consenso en torno de los nombres de Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959), Eduardo Mallea (1903-1982) y Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), reconocidos como los principales ensayistas argentinos que durante la década de 1930 interpretaron, con enorme éxito editorial,¹³ la realidad transfigurada del país, resultante tanto de las transformaciones sociales y culturales en curso desde finales del siglo XIX, como del golpe militar de Urriburu, que puso fin a por lo menos cinco décadas de relativa estabilidad política e institucional.

Algunos aspectos deben ser notados para entender la especificidad de esa tradición. El primero se refiere a los orígenes literarios de los autores mencionados. *El hombre que está solo y espera* (1931), de Scalabrini Ortiz, debe ser comprendido en el contexto intelectual de la década de 1920, específicamente con relación al *criollismo* promovido por Borges y el grupo de la revista *Martín Fierro* (Prieto, 1969). Miembro activo de esa revista (Prieto, 1968c: 114), durante esa década, Scalabrini Ortiz, que ya era un colaborador regular de las secciones culturales de los principales diarios de Buenos Aires —incluido *La Nación*— publicó *La manga* (1923), un libro de cuentos,

¹² Durante esos años *Sur* publicó *Conocimiento y expresión de la Argentina* (1935) e *Historia de una pasión argentina* (1937) de Eduardo Mallea, y *Tiempo lacerado* (1936) de Carlos Alberto Erro.

¹³ Publicado en 1931, *El hombre que está solo y espera* tuvo un éxito notable de ventas: en los primeros seis meses agotó cuatro ediciones y en 1933 llegó a la sexta edición. Recibió el Segundo Premio Municipal de Literatura. Eduardo Mallea también obtuvo éxito inmediato. *Historia de una pasión argentina* fue publicado en 1937, siendo reeditado al año siguiente con un prólogo del filósofo Francisco Romero. Fue publicado sucesivamente hasta aproximadamente 1950, cuando su reputación comenzó a declinar. Con relación al caso de Martínez Estrada, no hay acuerdo sobre el éxito inmediato de *Radiografía de la pampa*, pero, a pesar de que la segunda edición apareció nueve años después de la primera (1933), esta última fue reseñada por Borges (para Rodolfo Borello, irónicamente), y por otros autores como Carlos Alberto Erro y Luis Emilio Soto y recibió el Premio Nacional de Literatura (Monegal, 1956; Borello, 1993; Saïta, 2004).

y cinco años más tarde una versión preliminar del ensayo citado, intitulado “El hombre de Corrientes y Esmeralda”, en una antología de cuentos editada en 1928,¹⁴ datos que refuerzan la interpretación de aquel ensayo como un emprendimiento fundamentalmente literario. El primer libro de Eduardo Mallea fue *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926), puerta de entrada para una obra dividida entre el ensayo, destacándose *Historia de una pasión argentina* (1937), y la ficción. Además, el escritor integró el grupo de *Sur* y dirigió por un buen tiempo el suplemento cultural del periódico *La Nación*, posicionándose de esa manera en el centro de la vida intelectual del periodo. El caso de Martínez Estrada es todavía más emblemático. El autor de *Radiografía de la pampa* (1933) publicó seis libros de poesía en la década de 1920 y, celebrado por Lugones, se consagró como uno de los principales poetas de ese periodo.¹⁵

El segundo aspecto se relaciona con el componente nacionalista, frecuentemente espiritualista, que animó esa ensayística. Como ya fue dicho, desde el centenario (1910), y como medio de afirmación de la nacionalidad amenazada por la inmigración, un fuerte espiritualismo fue incorporado por el ensayo no positivista, por autores como Gálvez y Rojas. Aunque matizada en la década de 1920, esa tendencia no es indiferente al Grupo de Florida, expresada sobre todo en los temas criollistas presentes en miembros destacados de la vanguardia martinfierrista. Pero a partir de 1930, ese espiritualismo es movilizado en el interior de una visión más pesimista, que tiende a descreer de las posibilidades de una resolución favorable de los dilemas vividos por el país. Hay un relativo optimismo, todavía, en *El hombre que está solo y espera*, que reconoce en el porteño típico, resultante de la mezcla entre criollos e inmigrantes, valores y actitudes positivas. Eduardo Mallea, por su parte, imaginó una nación dividida entre lo que designó como una Argentina “visible” y otra “invisible”. La primera sería depositaria de los valores auténticos, desplazados por la segunda, invadida por el materialismo del dinero y de la impersonalidad. Esa visión aristocratizante identificaba en las familias tradicionales la reserva moral que debía ser rescatada. Una escisión todavía más profunda e inconciliable es diagnosticada en *Radiografía de la pampa*, por Martínez Estrada. En ese libro, que dialoga directamente

¹⁴ En Miranda Klix, *Cuentistas argentinos de hoy (1921-1928)*, Buenos Aires, Claridad, 1928. Citado en Prieto (1969: 60).

¹⁵ Además de esos ensayos, mencionamos también *Medida del criollismo* (1929) y *Tiempo lacerado* (1936), de Carlos Alberto Erro; *Alma y estilo* (1930), de Homero Guglielmini; *Descontento creador. Afirmación de una conciencia argentina* (1943), de Romualdo Bruguetti; y *Proposiciones en torno al problema de una cultura nacional argentina* (1944), de Bernardo Canal Feijóo.

con el *Facundo*, de Sarmiento, la superación de la barbarie por la civilización es descartada en una interpretación desencantada y totalmente pesimista,¹⁶ que recupera en el pasado colonial las raíces de una configuración pautada por el desencaje entre contenido nacional y forma civilizada, resultantes de las políticas de modernización llevadas a cabo desde la segunda mitad del siglo XIX (Gorelik, 2005). Según la interpretación de Jaime Rest, esa sería la expresión más típica y bien resuelta estéticamente del ensayo “ontológico” argentino de los años de 1930, fundado en una visión trágica e inmodificable del “ser nacional”.

El tercero y último aspecto que queremos destacar es el hecho de tratarse, sintomáticamente, de una generación de autodidactas. A diferencia de los ensayistas brasileños que serán examinados más adelante, ninguno de esos tres escritores concluyó una carrera de grado, lo que explica, al menos en parte, el carácter poco sistemático de las interpretaciones sugeridas por esos ensayistas. Scalabrini Ortiz abandonó la carrera de ingeniería iniciada en la Universidad de Buenos Aires, Mallea no concluyó su formación en derecho en la misma universidad y Martínez Estrada siquiera ingresó en el sistema de educación superior.

La evolución del ensayo argentino que intentamos esbozar hasta aquí nos permite vislumbrar las circunstancias enfrentadas por la sociología en ese país para legitimarse como forma de conocimiento dominante sobre el mundo social. Así, los principales ensayos publicados en las décadas de 1930 y 1940 no se constituyeron como un puente entre la literatura y la sociología, como en el caso brasileño. Al contrario, se apartaron de cualquier esfuerzo sistemático de reconstrucción de los procesos históricos y sociales relativos a la formación del país. Bajo una forma más estrictamente literaria, adhirieron a una visión “espiritualista” —que provenía, como vimos, de los círculos letrados reunidos desde el centenario de la Independencia (1910)—, y predominantemente pesimista con relación a las posibilidades de modernización nacional. En esa dirección, la fuerza del ensayo se asoció a la de la literatura, estando, por así decir, a remolque de esta última.¹⁷ No fue, por tanto, un género de transición, como en Brasil, sino uno de los medios a través de los

¹⁶A este respecto, el crítico literario Anderson Imbert calificó *Radiografía de la pampa* como “el libro más amargo que se haya escrito en la Argentina y el primer gran testimonio literario de la espantosa crisis moral en que cayó ese país en 1930” (Anderson Imbert, 1988: 144).

¹⁷En este punto concordamos directamente con la interpretación sugerida por María Teresa Gramuglio en texto reciente (2001), en el cual la autora destaca como hecho cultural más significativo de la década de 1930 en Argentina las transformaciones ocurridas en el plano de la narrativa (y no en el ámbito del ensayismo), destacando los experimentos literarios de Borges, Bioy Casares, Mallea y Silvina Ocampo (todos de *Sur*), y de Roberto Arlt.

cuales los literatos aumentaron su prestigio y manifestaron a su manera su decepción con los rumbos que el país había adoptado.

En función de estas características, casi no hubo relación de continuidad entre interpretaciones y esquemas teóricos movilizadas por ensayistas y sociólogos, aun cuando las mismas cuestiones de fondo, sobre todo el impacto de la inmigración en la modernización del país, fuesen enfrentadas por unos y otros. Gino Germani, la figura más importante del periodo fundacional de la sociología argentina,¹⁸ se distanció de ese ensayismo, del cual discordaba frontalmente, pero no lo hizo mediante ataques directos. En verdad, reivindicó la herencia de los ensayos románticos, sobre todo los de Alberdi y Sarmiento, y también la de algunos ensayos positivistas de fines de siglo XIX y comienzos del XX, calificando incluso a *La ciudad indiana*, de Juan Agustín García, como una “notable contribución” sociológica al estudio de la estructura social de la sociedad criolla tradicional, pero rechazó el espiritualismo del centenario y el de los años de 1930. Sobre Martínez Estrada, el principal ensayista de esa década, reconoció su valor como literato, viendo en él a “uno de los mejores escritores, y uno de los más eminentes ‘pensadores sociales’ contemporáneos...” (Germani, 1968: 387-389), pero recusó *Radiografía de la pampa* como forma de conocimiento sobre la historia y la sociedad argentinas.

Por tanto, la sociología se distanció de ese ensayismo en función de las técnicas de investigación y de las teorías sociológicas que movilizó. Mas también lo hizo en función de la interpretación radicalmente distinta que propuso del fenómeno de la inmigración que, como vimos, estuvo en el centro del debate político e intelectual desde finales del siglo XIX. A este respecto, Germani rechazó la interpretación negativa vigente hasta entonces, según la cual la inmigración constituiría una amenaza a la identidad nacional. En verdad, estaba menos interesado en la cuestión de la identidad nacional que en los problemas relativos a la modernización, y en esa dirección inscribió el fenómeno de la inmigración, no como un obstáculo, sino como uno de los condicionantes de ese proceso en el país.

Antes de dirigirnos al caso brasileño, resta aún explicar por qué no hubo en Argentina enfrentamiento directo entre sociólogos y ensayistas si, como vimos, tanto sus perspectivas de análisis como sus interpretaciones de la sociedad y la cultura nacionales eran tan divergentes. Por lo menos en lo

¹⁸ Con algunas excepciones, sobre todo Raúl A. Orgaz, que mantuvo un diálogo persistente con la tradición del ensayo argentino, los representantes de la llamada “sociología de cátedra”, liderados por Alfredo Poviña —y contra los que Germani militó en favor de una “sociología moderna”—, no hicieron menciones favorables ni desfavorables hacia dicha tradición. Los discípulos de Germani asumieron la misma actitud de su maestro.

que concierne a Germani, la respuesta a ese interrogante debe ser buscada a través de un examen de las relaciones entre campo intelectual y campo político. ¿Cómo se relacionaron tales instancias en cada caso? En Brasil, en función de la mayor estabilidad de su sistema político y del patrón menos conflictivo de relaciones entre intelectuales y Estado, las esferas política y académica permanecieron, durante el siglo XX, comparativamente más distanciadas (Pécaut, 1990; Sigal, 1991).¹⁹ Si hubo intervenciones directas en las universidades, sobre todo en Rio de Janeiro, durante el varguismo, y si las vinculaciones políticas constituyeron principios de diferenciación de los grupos académicos tanto en São Paulo como en Rio de Janeiro, en Argentina esas esferas estuvieron muchos más imbricadas. De hecho, en este último país prevaleció, a partir de la reforma universitaria de 1918 (que instituyó una tradición de autonomía académica), una relación de oposición entre universidad y Estado. Ese proceso implicó también la conversión de la universidad en actor político. Por eso mismo, por su importancia en la esfera pública, sufriría intervenciones recurrentes durante todo el siglo (1930, 1943, 1946, 1955, 1966, 1976).

En el contexto del peronismo, cuando muchos intelectuales fueron desplazados de las posiciones que detentaban en el sistema académico, el sociólogo ítalo-argentino construyó su reputación intelectual en el interior del Colegio Libre de Estudios Superiores, una institución de carácter privado que acogió innumerables profesores universitarios alejados de la universidad durante el peronismo, y también escritores —entre los cuales estaban los ensayistas— que se oponían al gobierno, erigiéndose así en uno de los más importantes centros de oposición política y cultural a ese régimen político (Neiburg, 1998). En función de ello, alineamientos políticos improbables an-

¹⁹ Cabe citar: “O Brasil não é a Argentina. Neste último país, cada ruptura política se traduz numa grande crise das instituições intelectuais —as universidades em primeiro lugar—, na substituição das camadas de intelectuais que presidem a definição das propriedades do campo intelectual e de suas formas de classificação, na desestabilização das representações da política no meio intelectual (Sigal, 1986). Nada disso ocorre no Brasil. As instituições persistem, apesar da repressão política. Os intelectuais continuam a se atribuir uma legitimidade propriamente científica e não é por acaso que privilegiam ainda mais o tema da ‘profissionalização’” (Pécaut, 1990: 262) [“Brasil no es Argentina. En este último país, cada ruptura política se traduce en una gran crisis de las instituciones intelectuales —las universidades en primer lugar—, en la sustitución de las camadas de intelectuales que presiden la definición de las propiedades del campo intelectual y de sus formas de clasificación, en la desestabilización de las representaciones de la política en el medio intelectual (Sigal, 1986). Nada de eso ocurre en Brasil. Las instituciones persisten, a pesar de la represión política. Los intelectuales continúan atribuyéndose una legitimidad propiamente científica y no es por acaso que privilegian aún más el tema de la ‘profesionalización’” (Pécaut, 1990: 262)].

teriormente se sobrepusieron a las divergencias intelectuales y a las disputas disciplinarias, atenuando las tensiones entre ensayistas y sociólogos. Incluso muchas alianzas que contribuirían a definir el contorno del campo intelectual en el periodo post-peronista fueron gestadas precisamente ahí, como la que reunió al sociólogo Gino Germani con el historiador José Luis Romero en la apuesta académica liderada por ambos en torno de 1960, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.²⁰ Finalmente, otro aspecto que no puede ser descuidado es el hecho de que Germani era de origen extranjero, condición que lo fragilizaba en las disputas con las tradiciones nacionales, determinando posiblemente una actitud más cautelosa hacia estas últimas.

III

Veamos ahora de qué modo el ensayo se inscribió en la tradición intelectual brasileña, en comparación con lo que ocurrió en Argentina. Como ya fue dicho, raramente la crítica argentina mencionó la experiencia literaria transcurrida en el periodo colonial, y cuando lo hizo no le atribuyó importancia significativa para una comprensión del desarrollo ulterior de la literatura en ese país.²¹ En Brasil, al contrario, es impensable una revisión histórica de la literatura del país que no tenga en cuenta la colonia.²² Con relación a la

²⁰ De cierta manera, esos patrones distintos de relaciones entre campo intelectual y campo político condicionaron los itinerarios de las obras de Florestan Fernandes y Gino Germani. Ambos se articularon en torno de una sociología de la modernización —la primera más centrada en el análisis de los condicionantes sociales del desarrollo económico capitalista y de las respuestas políticas de los diferentes agentes envueltos en tal proceso; la segunda focalizada en el estudio de las transformaciones de la estructura social y de su impacto en la democratización del orden político—. Florestan, entretanto, partió de temas “fríos” como el *folklore* y las sociedades indígenas ya desaparecidas, para después abordar la cuestión racial que marcaría el pasaje para los temas “calientes”, relacionados con el problema de la transición del trabajo esclavo al trabajo asalariado, eje de la discusión posterior sobre la formación de la sociedad de clases en el Brasil. En el caso de Germani, las investigaciones sobre la modernización tuvieron origen en los temas calientes de la inmigración y del peronismo. De tal manera, si tuviéramos que sintetizar el trayecto de cada uno de ellos, diríamos que el sociólogo brasileño caminó de la ciencia a la política, en tanto que el argentino recorrió el camino inverso.

²¹ Repárese en la siguiente afirmación realizada en 1941 por Roberto Giusti: “La literatura argentina nace en 1810 con la nación, celebrando los fastos guerreros de la independencia. [...] Una literatura no exclusivamente pragmática solo surge a fines del siglo. El teatro, la novela, la misma lírica puramente subjetiva son apenas de ayer. No desmienten esta aseveración general los raros precursores” (Giusti, 1968: 22).

²² La diferencia revela que estamos delante de “mitos de origen” distintos, derivados,

jerarquía de los géneros, la poesía y la novela centralizaron la vida literaria durante todo el siglo XIX.²³ Desde nuestro punto de vista, interesa subrayar que la novela ocupó en la segunda mitad de ese siglo el mismo lugar central que el ensayo en Argentina. Tal hecho se asoció, primeramente, con el modo comparativamente más pacífico del proceso de independencia brasileño (1822) y, posteriormente, con la estabilidad política alcanzada en el Imperio, principalmente después de 1840. Al mismo tiempo, el proceso de urbanización y de intensificación de la vida cultural en Rio de Janeiro desde la llegada de la familia real portuguesa en 1808 proporcionó condiciones favorables para el desarrollo de la vida literaria y de las formas “imaginativas” que, como en Francia, prevalecieron durante todo el siglo XIX. La llegada de la corte

probablemente, de las circunstancias históricas que determinaron los procesos de independencia en cada caso. El carácter “revolucionario” de la emancipación argentina motivó a su elite a fijar como marco cero de su historia nacional y literaria el año de la independencia, 1810. En el caso brasileño, en función de la “continuidad” que caracterizó su independencia, conducida por la familia real portuguesa, el origen de la nación y de la literatura fueron remitidos al periodo colonial. A este respecto, las controversias en torno al origen de la literatura brasileña, como por ejemplo, la que opone las posiciones de Antonio Candido y Afrânio Coutinho, comparten ese presupuesto.

²³ Nadie menos que Machado de Assis —en el conocido texto “Notícia da atual literatura brasileira-Instinto de nacionalidade” (1873)— advirtió la centralidad de la novela en la literatura brasileira de su tiempo en los siguientes términos: “De todas as formas várias as mais cultivadas atualmente no Brasil são o romance e a poesia lírica; a mais apreciada é o romance, como, aliás, acontece em toda a parte, creio eu. São fáceis de perceber as causas desta preferência da opinião, e por isso não me demoro em apontá-las. Não se fazem aqui (falo sempre genericamente) livros de filosofia, de lingüística, de crítica histórica, de alta política, e outros assim, que em alheios países acham fácil acolhimento e boa extração; raras são aqui essas obras e escasso o mercado delas. O romance pode se dizer que domina quase exclusivamente. Não há nisto motivo de admiração nem de censura, tratando-se de um país que apenas entra na primeira mocidade, e esta ainda não nutrida de sólidos estudos. Isto não é desmerecer o romance, obra de arte como qualquer outra, e que exige da parte do escritor qualidades de boa nota” (Assis, 2011: 18) [“De todas las formas existentes, las más cultivadas actualmente en Brasil son la novela y la poesía lírica; la más apreciada es la novela, como, por lo demás, ocurre en todas partes, creo yo. Son fáciles de percibir las causas de esta preferencia de opinión, y por eso no me demoro en apuntarlas. No se hacen aquí (hablo siempre genéricamente) libros de filosofía, de lingüística, de crítica histórica, de alta política, y otros similares, que en otros países encuentran fácil acogida y buena salida; raras son aquí esas obras y escaso el mercado de ellas. Puede decirse que la novela domina casi exclusivamente. No hay en esto motivo de admiración ni de censura, tratándose de un país que apenas entra en la primera juventud, y todavía no está nutrida de sólidos estudios. Esto no es desmerecer la novela, obra de arte como cualquier otra, y que exige de parte del escritor cualidades de buena nota” (Assis, 2011: 18)]. El pasaje indica, también, que Machado no habría percibido el carácter contingente de esa configuración, que le parecía generalizable para los “países jóvenes”, cuando en realidad, como acabamos de ver, el caso de la Argentina desmiente ese presupuesto, ya que en este último el ensayo prevalece sobre la novela, en función del carácter conflictivo de su independencia.

cambió la fisionomía de la ciudad, que duplicó su población durante la permanencia de Don João VI en Brasil, llegando a aproximadamente 100 000 habitantes (Fausto, 2006).

Según la perspectiva de Antonio Candido (1959/2007), la misión de constituir una literatura brasileña habría unificado el arcadismo y el romanticismo, movimientos transcurridos, respectivamente, en los siglos XVIII y XIX. Ese sentimiento sería reforzado en el segundo movimiento, relacionado con el proceso de emancipación política y la consecuente necesidad de fortalecer la identidad nacional. Aun cuando el romanticismo haya sido introducido en Brasil por medio de la poesía, bajo el liderazgo de Gonçalves de Magalhães, género que se mantuvo valorizado como el más genuinamente literario hasta el inicio del siglo XX (Miceli, 2001b: 159), fue la novela la que canalizó con mayor vigor esa toma de conciencia con respecto a la realidad brasileña, estimulada por el Imperio.

Si no había vida literaria plenamente autónoma en el Brasil del siglo XIX, se debe notar que el desarrollo anterior de la poesía y de la novela indica que la actividad literaria e intelectual en torno de 1850 estaba más diferenciada que en Argentina. El periodo comprendido por el romanticismo brasileño (1836-1870) coincide prácticamente con las décadas de mayor estabilidad política (1840-1870) del II Reinado (1840-1889). Ese dato nos permite algunas consideraciones sobre las relaciones entre sociedad, literatura y política en el caso en cuestión. Buscando una “expresión nacional auténtica” (Candido, 2007) —tal era la dirección defendida por el primer grupo de escritores románticos brasileños reunidos en torno de la revista *Nitheróy*—, la literatura romántica serviría, en términos generales, a la legitimación de la nación y del Estado brasileño, siendo en muchos casos directamente tutelada por el Emperador y cumpliendo una función ideológica (Schwarcz, 1998; Ricupero, 2004). No obstante, se desarrolló también en otras direcciones, ya que el culto de las “formas imaginativas” propiciaría cierto grado de libertad a los escritores. De esa manera, la novela, principalmente, sería un “instrumento de interpretación social” (Candido, 2007: 432) y de afirmación de la propia actividad literaria. Con relación a este último punto, aun cuando no se pueda hablar todavía de una profesionalización del oficio del escritor, la incipiente constitución de un mercado de bienes culturales, sobre todo en Rio de Janeiro, propició oportunidades de trabajo y de ascenso social.²⁴

²⁴ En el notable capítulo “A ascensão do mulato e do bacharel” del libro *Sobrados e Mucambos*, Gilberto Freyre asocia el incremento de la movilidad social durante el Imperio a las carreras intelectuales y literarias impulsadas por la creación de Escuelas Superiores en el siglo XIX, al proceso de urbanización como a las ofertas de cargos políticos y burocráticos propiciadas por un Estado en construcción (Freyre, 2004).

Si para algunos de los representantes de ese movimiento, provenientes de familias socialmente bien colocadas —Joaquim Manuel de Macedo, José de Alencar—, la actividad literaria fue un camino pavimentado para la carrera política, para otros —Teixeira e Souza, Manuel Antonio de Almeida—, de orígenes humildes, representó una vía de acceso a las camadas superiores de la sociedad. En estos casos, la prensa periódica fue la institución principal de apertura al mercado cultural. De cualquier modo, esos cuatro escritores fueron novelistas —antes que ese género ganase la reputación que habría de adquirir más tarde— y produjeron un conjunto significativo de obras que, por el carácter abarcador de temas y de enfoques, proporcionó una forma de conocimiento hasta entonces inusitada sobre la sociedad brasileña del siglo XIX. Tal vez sea ese el trazo más distintivo de la tradición literaria brasileña con relación a la argentina, que se desarrolló, como vimos, casi en ausencia de la novela hasta por lo menos finales de ese siglo.

Así, los escritores del romanticismo brasileño no se dedicaron, salvo excepcionalmente, al ensayismo político, como ocurrió en Argentina. Un poco antes, entretanto, alrededor de la independencia, ese género fue cultivado y ganó alguna importancia en función de la radicalización política del periodo y del relativo declive de la poesía, ocurrido en la transición del arcadismo al romanticismo (Candido, 2007).²⁵ De todos modos, solamente más tarde el ensayo adquiriría gran visibilidad, y específicamente a partir de 1870, con la crisis del II Imperio, asociado a los movimientos reformistas que reunieron jóvenes escritores marginados del sistema político y que pretendían su ingreso.²⁶ A pesar de ese componente mundano, que condicionó la actuación de esos intelectuales (Alonso, 2002), lo cierto es que expresaron los dilemas sociales y políticos enfrentados por el Imperio e informaron tanto el movimiento abolicionista como el republicano.

Pero todo eso ocurrió sin que la novela perdiese su fuerza. Al contrario, en el interior del realismo y del naturalismo brasileños, las obras de Machado de Assis, Aluísio de Azevedo y otros profundizaron una tendencia ya desarrollada por los románticos, tornando al género todavía más comprometido y exitoso en el estudio “sociológico” de la realidad brasileña (Schwarz, 2000). Ese avance se relacionó con una acumulación literaria anterior (Candido, 2007) y con los cambios sociales y políticos intensificados a partir de 1870. La

²⁵ Para el romanticismo, véase también Sussekind (1990).

²⁶ Ciertamente, con anterioridad a 1870, el ensayo político tuvo manifestaciones importantes, como la del debate entre el visconde de Uruguai y Tavares Bastos en torno de la cuestión de la centralización o descentralización del poder en el Imperio (Nunes Ferreira, 1999). No obstante, sólo posteriormente el género ganaría mayor visibilidad e importancia en la escena cultural brasileña.

crisis de la esclavitud, el crecimiento económico, la diferenciación creciente de la sociedad (sobre todo en Rio de Janeiro y en São Paulo) y el desarrollo de la prensa constituyeron el trasfondo de los cambios más específicos que afectaron el campo intelectual, propiciando cada vez más un papel social definido para el escritor, especialmente para el literato, que ya estaba hacia el final del siglo bien consciente del papel específico que desempeñaba.²⁷

Entretanto, afirmar la autonomía de un supuesto campo literario en el Brasil de la segunda mitad del siglo XIX resulta problemático si tenemos en cuenta la afinidad entre las carreras intelectuales, burocráticas y políticas en tal contexto. Relacionado con ese cuadro, debemos notar aún, como sugiere José Murilo de Carvalho (1996), que la homogeneidad política de las elites brasileñas resultaba del tipo de formación intelectual e ideológica obtenida en los cursos superiores, tanto en Portugal como en Brasil, por lo menos hasta la crisis del Imperio. En ese momento, bajo la presión de la “generación de 1870”, el vínculo con la vida política se torna aún más directo, pero el antiguo consenso se quiebra. Las varias tendencias doctrinarias —liberalismo, positivismo y republicanismo— vehiculaban propuestas políticas (e intereses de participación directa en el poder) unificadas por el ataque más o menos enfático a la esclavitud. Tanto por medio de obras de más largo aliento, como a través de textos de ocasión, tales intelectuales, relativamente marginalizados del poder, participaban de los debates públicos en torno de las reformas que debían ser implementadas por el Estado brasileño. En esa dirección, obras aparentemente distantes en términos doctrinarios, terminaron convergiendo tanto en función de la fuerte imantación política como del repertorio de temas y propuestas que ordenaron el incipiente campo intelectual hacia el final del Imperio (Alonso, 2002).

Consolidada la república (proclamada en 1889, un año después de la abolición de la esclavitud) después de tres presidencias políticamente tumultuosas, un ensayo de orientación sociológica e histórica más pronunciada emerge, ejemplarmente, por medio de autores como Euclides da Cunha y Oliveira Vianna. En el inicio del siglo, además, el mundo intelectual gana contornos más definidos, sobre todo en Rio de Janeiro y en São Paulo, que pasa a disputar con la primera la hegemonía de la vida cultural brasileña. Las transformaciones estructurales resultantes del pasaje del trabajo esclavo al trabajo asalariado, aun cuando no alteraran radicalmente la economía brasileña todavía fundada en un modelo agroexportador, imprimieron un ritmo más

²⁷ Un indicador de esto último es la creación, en 1897, de la Academia Brasileira de Letras, aproximadamente treinta años antes de su homóloga argentina (1931), lo que refuerza nuestro argumento relativo a una más temprana acumulación y diferenciación de la literatura brasileña respecto de la argentina.

acelerado a la diferenciación de la actividad intelectual, que se va constituyendo en una estrategia de recuperación social para miembros de familias tradicionales decadentes y de ascenso para los estratos medios. El desarrollo sin precedentes del mercado cultural (diarios y editoras, principalmente), y la expansión de la burocracia estatal, que adquiriría en las décadas de 1930 y de 1940 alcance nacional, posibilitaron la progresiva profesionalización de las actividades intelectuales (Miceli, 2001).

De manera general, entre 1900 y 1930 el ensayo evalúa la formación de la sociedad brasileña y las posibilidades de transformación del país en función de la superación de la monarquía por la república y del trabajo esclavo por el asalariado. Un punto decisivo concierne a la composición étnica del pueblo, en ese momento entendida como un problema de difícil resolución para la mayoría de los intérpretes, apoyados en teorías deterministas. A pesar de que esa visión prevaleció en Euclides da Cunha y en Oliveira Vianna, ello no impidió que ambos desarrollasen intuiciones sociológicas muy originales y bien fundamentadas, que serían asimiladas más tarde, tanto por los ensayistas de las décadas de 1930 y 1940, como por los científicos sociales en los decenios siguientes. Esos dos autores, junto a Manoel Bonfim —considerado el autor más progresista de su época (Botelho, 2002)— y Alberto Torres, entre otros, constituirían un patrón de interpretación más riguroso, a pesar del tono conservador de las reformas sociales y políticas que defendían. Al lado de esa producción ensayística, la poesía y la novela permanecieron como géneros dominantes hasta la irrupción del modernismo, que en Brasil designa los movimientos de vanguardia literaria y artística concentrados en la Semana de Arte Moderno de 1922. Más allá de la renovación formal, temática e interpretativa promovida por los modernistas, esa ruptura estética reflejó, como en Argentina, la maduración del campo intelectual y el desarrollo relativamente avanzado del mercado cultural (Schwartz, 2002). En esa dirección, la evaluación negativa de la producción literaria republicana hasta 1920, promovida por la militancia modernista, pasa por alto el hecho de que en esa fase se incrementa la profesionalización del trabajo intelectual, que condicionó al propio modernismo (Miceli, 2001).

Desde ese punto de vista, los movimientos de vanguardia en Argentina y en Brasil se aproximan. Sin embargo, una diferencia crucial debe ser notada: en el primer caso, la literatura se convierte, desde entonces, en la forma expresiva dominante de una configuración que permanecería vigente hasta mediados de los años de 1980, aproximadamente. En el segundo, las vanguardias reflejan ya una diferenciación más pronunciada del mundo intelectual y artístico, constituyendo un punto de inflexión en el desarrollo de la literatura brasileña, que va cediendo espacio progresivamente a otras

formas de expresión y conocimiento. En esa dirección, pierde su “naturaleza omnívora” (Candido, 1987), que hasta entonces detentara, y a ese cuadro se asocia el hecho de que los principales novelistas brasileños de las décadas de 1930, 1940 y 1950 ya no provienen del centro del campo intelectual —Rio de Janeiro y São Paulo— sino de su periferia —Minas Gerais, Pernambuco, Rio Grande do Sul y Paraíba— (Arruda, 2011).

A la luz de ese cuadro podemos evaluar el ensayismo brasileño de esas mismas décadas. Sus mayores representantes —Gilberto Freyre (1900-1987), Sergio Buarque de Holanda (1902-1982) y Caio Prado Jr. (1907-1990)— no fueron, como los argentinos Scalabrini Ortíz, Mallea y Martínez Estrada, literatos en sentido estricto. Al contrario de estos últimos, tuvieron formación universitaria, no obstante conservasen mucho de la formación autodidacta que caracterizaba la vida intelectual brasileña de las primeras décadas del siglo XX. Gilberto Freyre concluyó una maestría en Columbia, en Estados Unidos, en la década de 1920; Sergio Buarque y Caio Prado se graduaron en derecho. El primero estuvo en Alemania en el final de esa década, familiarizándose con la sociología desarrollada en ese país, y el segundo fue alumno de la carrera de geografía e historia de la FFCL-USP, recibiendo la influencia directa de los profesores de la misión francesa, como Pierre Deffontaines. Posteriormente, estarían siempre ligados de alguna manera a la universidad. Tales itinerarios indican que, cada uno a su manera, encarnaron la transición entre la figura del intelectual no especializado, en la mayoría de los casos formado en derecho, y el intelectual académico, dedicado a las nuevas especialidades, constituidas a partir de la creación de las universidades en la década de 1930.²⁸

Cultivando prioritariamente el ensayo se diferenciaron de los principales representantes del modernismo brasileño, para los cuales ese género fue secundario. Participando directa o indirectamente de ese movimiento, entre tanto, incorporaron el impulso renovador y relativamente optimista, frente al modernismo, por medio de un esfuerzo dirigido a develar las lógicas históricas y sociales presentes en la formación de la nación, así como los obstáculos que dificultaban ese proceso. En Brasil, por tanto, el ensayo realiza una transición

²⁸ De las tres figuras, la de Sergio Buarque es la que más emblemáticamente encarna la transición referida —de intelectual polígrafo a intelectual académico—. Después de publicar *Raízes do Brasil* (1936), enseñó en la Universidad del Distrito Federal (UDF), hecho decisivo para la reorientación de su obra posterior más estrictamente historiográfica. En 1958 asumió la cátedra de “História de la civilização brasileira”, desempeñando un papel análogo en esa disciplina a los de Florestan en la sociología y de Antonio Candido en la crítica literaria. En los años de 1960, además, creó y dirigió el Instituto de Estudos Brasileiros (IEB) y la colección *História geral da civilização brasileira*.

entre la literatura y las disciplinas humanísticas que son introducidas en esos años en las instituciones universitarias, lo que se verifica, también, en el modo en que cada uno de ellos incorporó instrumentos analíticos y datos empíricos en la elaboración de las obras publicadas en ese periodo. Así, Gilberto Freyre en *Casa-grande & Senzala* (1933), publicado en el mismo año que *Radiografía de la pampa*, utilizó abundante documentación escrita, como cartas, diarios, relatos de viajeros, novelas, cuadernos de recetas, etc. (Bastos, 1998), para interpretar antropológicamente el conjunto de las relaciones sociales y de los patrones culturales vigentes en el nordeste azucarero colonial. Recurrió a autores como Boas, Simmel, Sorokin, entre otros, por medio de los cuales elaboró un cuadro teórico original, renovando profundamente la visión que se tenía sobre la esclavitud en Brasil y denunciando su violencia extremada, amalgamada a los patrones de intimidad que socializaban blancos y negros en el interior de la casa-grande, esta última entendida como *ethos* de una sociedad rural, patriarcal y agroexportadora, movida por “antagonismos en equilibrio” (Araújo, 1994).

Aun cuando *Raízes do Brasil* (1936) sea, entre los tres, el menos documentado empíricamente, Sergio Buarque exploró en profundidad la metodología weberiana de los “tipos ideales”, además de otros autores de la tradición intelectual alemana, alcanzando una visión abarcadora sobre la formación histórica y social brasileña que articula las formas sociales de enraizamiento de la colonización portuguesa con actitudes mentales que orientaron el comportamiento de los agentes en ese proceso. Discute, también, las direcciones y los significados de las transformaciones ocurridas durante el siglo XIX y de los impases de ellas resultantes. La invasión de la esfera pública por el “personalismo” que mediaba las relaciones sociales en el mundo colonial centralizado en la familia patriarcal sería un obstáculo a la democratización defendida por el autor (Candido, 1966), favorecida por la asimilación progresiva de las camadas bajas de la sociedad, hasta entonces marginadas de la vida política, con posterioridad a la abolición de la esclavitud. Finalmente, en *Formação do Brasil contemporâneo* (1994 [1942]), Caio Prado Jr. desarrolla una reconstrucción histórica informada teóricamente por el materialismo histórico sobre los momentos finales de la colonización portuguesa en Brasil, que devela lo que entiende como el “sentido” de esa experiencia, el cual, en su opinión, debería ser comprendido a partir de la expansión del capitalismo comercial, entendido como propulsor (por orientar la economía para el mercado externo) y obstáculo (por restringir el desarrollo del mercado interno) a las posibilidades de organización social autónoma en la colonia. Deriva de ese argumento la conclusión de que la emancipación de la nación dependería no solamente de los cambios políticos, sino funda-

mentalmente de las transformaciones económicas (desarrollo del mercado interno, industrialización) y sociales (constitución de la sociedad de clases).

La relación entre esa tradición ensayística y la sociología académica en Brasil puede ser interpretada en términos de una posible ruptura, pero también en función de las continuidades verificadas, sobre todo, en el interior de los programas de investigación desarrollados por las primeras generaciones de científicos sociales brasileños (Lima, 1999; Jackson, 2002; Botelho, 2007; 2009). En términos generales, la ruptura es más anunciada que consumada, pero debemos tener en cuenta los términos movilizados por los propios protagonistas con el fin de interrogarlos según nuestro punto de vista. Tomaremos como referencia el grupo que más explícitamente reaccionó contra el ensayo, recordando que de cierta manera todos los que se formaron en las entonces recién creadas carreras de ciencias sociales en São Paulo abrazaron esa idea —más que en Rio de Janeiro, donde el desarrollo propiamente académico de las ciencias sociales fue posterior, no obstante el surgimiento coetáneo de nuevas instituciones universitarias en dicha ciudad—. En esa dirección, como ocurre frecuentemente en contextos de institucionalización de nuevas disciplinas, la exigencia de diferenciación de las tradiciones intelectuales vigentes (Lepenies, 1994), en este caso del ensayo, constituyó el núcleo de la “ideología profesional” (Gouldner, 1969) de los nuevos productores culturales.²⁹

No obstante, tales relaciones fueron muy variables y complejas. En el interior de una misma institución o de un mismo grupo de investigadores, hubo quien se aproximó y quien se apartó de esa orientación dominante. Además, ciertos agentes radicalizaron, atenuaron o invirtieron su posición con el tiempo en función de las más variadas circunstancias.³⁰ Tales oscilaciones

²⁹ En testimonio de Maria Sylvia de Carvalho Franco este movimiento es claramente expresado: “[prevalencia na USP naquele periodo] o projeto de estabelecer as ciências sociais como disciplinas científicas autônomas, desdenhando-se tudo o que as aproximasse de ‘impressionismo’. Havia o esforço decidido de transformá-las em saber positivo, desprezando-se seus aspectos humanísticos. Esta orientação definiu-se como crítica à ‘cultura de bacharel’, encarada com desconfiança, vista como retórica superficial, estranha à reflexão gerada nas condições estruturais de nossa realidade” (pasaje del memorial de la autora, 1988) [“[prevalencia en la USP en aquel periodo] el proyecto de establecer las ciencias sociales como disciplinas científicas autônomas, desdeñándose todo lo que las aproximase del ‘impresionismo’. Había el esfuerzo decidido de transformarlas en saber positivo, despreciándose sus aspectos humanísticos. Esta orientación se definió como crítica a la ‘cultura de bacharel’, encarada con desconfianza, vista como retórica superficial, extraña a la reflexión generada en las condiciones estructurales de nuestra realidad” (pasaje del memorial de la autora, 1988)].

³⁰ Véase, por ejemplo, la crítica de Octávio Ianni a los “estudios de comunidad” (emprendidos por la Escuela Libre de Sociología y Política), en la cual el discípulo de Florestan Fernandes reivindicó, paradójicamente, las ventajas del ensayismo con relación al “cientificismo” de los estudios referidos: “Para romper de maneira drástica com os ensaios histórico-sociais

exigen mucha cautela al tratar de ese tema, siendo válidas las consideraciones sugeridas aquí, en rigor, para las circunstancias en que las críticas de los sociólogos a los ensayistas fueron proferidas y viceversa. Las más frontales ocurrieron en reseñas; las más discretas y matizadas en balances sobre el desarrollo de la disciplina.³¹ De cualquier modo, desde finales de los años de 1940, en la Universidad de São Paulo, Florestan Fernandes y su grupo se colocaron al frente de esa confrontación que envolvía la defensa de la sociología científica contra el ensayo (García, 2002). Florestan escribió en 1949 sobre la segunda edición (1948) de *Raízes do Brasil*, calificando ese libro como un ensayo, su autor como un ensayista y señalando la fragilidad de su base empírica y analítica.³² Años después (1958), Octávio Ianni reseñó

produzidos no passado, como se certos caracteres formais dessas obras deveriam ser sumariamente abandonados com os métodos explicativos adotados, grande parte dos estudiosos formados pelas universidades e escolas criadas a partir de 1930 preferiu o que lhes foi apresentado como ‘científico’, ‘positivo’, ‘mais refinado’, em contraposição ao que se lhes afigurava ‘especulativo’ ou ‘pré-científico’. Desta maneira ganhou-se em precisão e rigor na observação e tratamento descritivo dos eventos, perdendo-se algumas vezes a riqueza e a desenvoltura no uso criador da inteligência” (Ianni, 1961: 70) [“Para romper de manera drástica com los ensayos histórico-sociales producidos en el pasado, como si ciertos caracteres formales de esas obras debiesen ser sumariamente abandonados con los métodos explicativos adoptados, gran parte de los estudiosos formados por las universidades y escuelas creadas a partir de 1930 prefirió lo que les fue presentado como ‘científico’, ‘positivo’, ‘más refinado’, en contraposición a lo que se les aparecía como ‘especulativo’ o ‘pre-científico’. De esta manera se ganó en precisión y rigor en la observación y tratamiento descriptivo de los hechos, perdiéndose algunas veces la riqueza y la desenvoltura en el uso creador de la inteligencia” (Ianni, 1961: 70)].

³¹ En “Desenvolvimento histórico-social da sociologia no Brasil”, Florestan evalúa favorablemente *Os sertões*, de Euclides da Cunha, en los siguientes términos: “Com seus defeitos e limitações, e apesar da ausência de intenção sociológica, essa obra possui o valor de verdadeiro marco. Ela divide o desenvolvimento histórico-social da sociologia no Brasil. Daí em diante, o pensamento sociológico pode ser considerado como uma técnica de consciência e de explicação do mundo, inserida no sistema cultural brasileiro” (Fernandes, 1980 [1958]: 196) [“Con sus defectos y limitaciones, y a pesar de la ausencia de intención sociológica, esa obra posee el valor de verdadero marco. Ella divide el desarrollo histórico-social de la sociología en Brasil. De ahí en adelante, el pensamiento sociológico puede ser considerado como una técnica de conciencia y de explicación del mundo, inserta en el sistema cultural brasileño” (Fernandes, 1980 [1958]: 196)].

³² Cabe citar: “Em conjunto, pode-se dizer que as modificações introduzidas enriquecem a obra, tanto do ponto de vista literário, quanto do ponto de vista da documentação coligida e de sua elaboração. Mas isso significa também que as principais virtudes do ensaio foram mantidas juntamente com alguns de seus defeitos. O ensaísta revelou-se de uma maestria e de uma penetração inigualáveis na sugestão de problemas. Poucos especialistas poderão atravessar as páginas do ensaio sem encontrar alguma indicação de pistas para pesquisa ou investigação, sejam historiadores, psicólogos sociais, antropólogos, sociólogos ou economistas. Na reconstrução de um processo histórico-social tão complexo, como é o desenvolvimento do Brasil, contudo, nem sempre consegue superar, com a mesma felicidade e equilíbrio, as limitações impostas pelos insuficientes conhecimentos que ainda hoje dispomos de nosso passado. Toda tentativa de síntese

Sociologia: introdução ao estudo de seus princípios, de Gilberto Freyre, criticando la aproximación realizada por el autor entre los dominios de la ciencia y de la literatura. Tales manifestaciones, entre otras, que exhibían un rechazo del sincretismo frente al ensayo, expresaban uno de los aspectos constitutivos del proyecto académico liderado por el sociólogo paulista, que apuntaba a una renovación de los estudios sobre la vida social brasileña, por medio de la “sociología científica”. Hubo también ataques directos de los ensayistas hacia los sociólogos, como el que dirigió Caio Prado Júnior a Emilio Willhens en su reseña de *Cunha* (1947), un estudio sobre una comunidad campesina brasileña, poniendo en cuestión el carácter pretendidamente innovador y aparentemente neutro de la obra.³³ Más todavía: Caio Prado Jr.

é empolgante e fecunda; mas os riscos são tanto maiores quanto mais inconsistente se revela a base empírica e analítica sobre a qual se constrói. [...] Observa-se, igualmente, uma ênfase excessiva nos aspectos da cultura. Isso traduz, provavelmente, a influência da abundante literatura etnológica conhecida pelo autor. Mas, tem vários inconvenientes, já que leva a subestimar os efeitos e determinações da organização social. Muitos dos problemas encarados apenas da perspectiva da cultura, como os que dizem respeito à situação de contato no Brasil colonial (século XVI, especialmente) ou os resultados da secularização da cultura e da urbanização, poderiam ser discutidos de um ponto de vista sociológico, único capaz de pôr em evidência a atuação dos processos sociais subjacentes aos ajustamentos e às mudanças culturais. A própria natureza e amplitude da obra compensam e neutralizam, no entanto, as pequenas insuficiências desta ordem, e a tornam tão indispensável ao sociólogo quanto ao historiador cultural” (Fernandes, 1949: 223-224) [“En conjunto, puede decirse que las modificaciones introducidas enriquecen la obra, tanto desde el punto de vista literario cuanto desde el punto de vista de la documentación recogida y de su elaboración. Pero eso significa también que las principales virtudes del ensayo fueron mantenidas juntamente con algunos de sus defectos. El ensayista se reveló de una maestría y de una penetración inigualables en la sugestión de problemas. Pocos especialistas podrán atravesar las páginas del ensayo sin encontrar alguna indicación de pistas para pesquisa o investigación, sean historiadores, psicólogos sociales, antropólogos, sociólogos o economistas. En la reconstrucción de un proceso histórico-social tan complejo, como lo es el desarrollo del Brasil, con todo, no siempre consigue superar, con la misma felicidad y equilibrio, las limitaciones impuestas por los insuficientes conocimientos que todavía hoy tenemos de nuestro pasado. Toda tentativa de síntesis es cautivante y fecunda; pero los riesgos son tanto mayores cuanto más inconsistente se revela la base empírica y analítica sobre la cual se construye. [...] Se observa, igualmente, un énfasis excesivo en los aspectos de la cultura. Eso traduce, probablemente, la influencia de la abundante literatura etnológica conocida por el autor. Pero, tiene varios inconvenientes, ya que lleva a subestimar los efectos y determinaciones de la organización social. Muchos de los problemas encarados solamente desde la perspectiva de la cultura, como los que conciernen a la situación de contacto en el Brasil colonial (siglo XVI, especialmente) o los resultados de la secularización de la cultura y de la urbanización, podrían ser discutidos desde un punto de vista sociológico, único capaz de poner en evidencia la actuación de los procesos sociales subyacentes a los ajustes y a los cambios culturales. La propia naturaleza y amplitud de la obra compensan y neutralizan, entretanto, las pequeñas insuficiencias de este orden, y la tornan tan indispensable al sociólogo cuanto al historiador cultural” (Fernandes, 1949: 223-224)].

³³ Cabe citar: “É a impressão que se tem ao terminar a leitura do livro, pois ela não leva

asoció la aparente neutralidad científica del trabajo, que sería garantizada por el énfasis en la investigación empírica y en la “descripción” de los hechos observados, a una posible visión conservadora del proceso histórico y político en discusión.

Si efectivamente la implantación de la sociología implicó un cambio significativo por medio de la introducción de métodos, de teorías, de patrones de trabajo sistemáticos y colectivos, de cierto desplazamiento en los objetos de investigación; hubo, entretanto, continuidad en torno de los grandes ejes temáticos e interpretativos establecidos por la tradición ensayística (Arruda, 2009). Esquemáticamente, el problema de la “formación” (Arantes, 1992), o sea, de la reconstrucción de los procesos históricos constitutivos de la sociedad brasileña, orientó la mayoría de los ensayistas brasileños, desde por lo menos Euclides da Cunha; y la cuestión de la “modernización”, fuertemente imbricada en la anterior, inclinada hacia el entendimiento de las grandes transformaciones en curso, desde la abolición, centralizó los programas de investigaciones en las ciencias sociales brasileñas (a pesar de las diferencias) hasta, seguramente, finales de los años de 1960. No hubo, por tanto, desvío de ruta de un momento para el otro, sino solamente de énfasis. En función de ello, es posible reconocer en los programas de investigación desarrollados por la sociología en ese periodo preguntas y respuestas formuladas por la tradición anterior como, por lo demás, lo hicieron los balances realizados por los propios protagonistas de ese proceso y, después, los intérpretes especializados en historia intelectual.

Como ejemplos podemos referirnos al modo en que Florestan Fernandes se apoyó directamente tanto en Sergio Buarque de Holanda (Arruda, 1995) como en Caio Prado Jr. para elaborar su programa de investigación sobre la formación de la sociedad de clases en Brasil, parcialmente concretizado en función de los impedimentos generados por la dictadura militar. Los “estudios de comunidad”, de cierta forma, también siguieron la interpretación dualista forjada por Euclides da Cunha en *Os sertões* (Lima, 1999; Jackson, 2003). Oliveira Vianna fundamentó buena parte de la sociología política que enfrentó el tema del “coronelismo”, desde Vitor Nunes Leal hasta Maria Silvia de Carvalho e Franco y Maria Isaura Pereira de Queiroz (Brandão, 2007; Botelho, 2007; 2009). La sociología de la cultura de Roger Bastide, de otro lado, dialogó estrechamente con Gilberto Freyre y Mário de

realmente a nada, não oferecendo outro resultado concreto que uma coleção de fatos dispersos e sem suficiente articulação num conjunto coerente e cientificamente sistematizado” (Prado, 1948: 24) [“Es la impresión que se tiene al terminar la lectura del libro, pues ella no lleva realmente a nada, no ofreciendo otro resultado concreto que una colección de hechos dispersos y sin suficiente articulación en un conjunto coherente y científicamente sistematizado” (Prado, 1948: 24)].

Andrade (Peixoto, 2000), sobre todo en función de las claves innovadoras proporcionadas por *Casa grande & Senzala* y *Sobrados & mucambos* para interpretar la esclavitud y la inserción posterior de los negros en la sociedad brasileña. Esos y otros linajes son indicativos del papel desempeñado por el ensayo histórico-sociológico en Brasil como un género de transición entre la literatura y las ciencias sociales. Las direcciones abiertas por esa tradición fueron exhaustivamente escrutadas por los científicos sociales, sobre todo durante las décadas de implantación de esas disciplinas, pero especialmente en São Paulo y en Rio de Janeiro. De esa forma, y aun considerándose las innovaciones derivadas de ese proceso, la ruptura efectivamente realizada fue exagerada por sus protagonistas, envueltos, como estaban, en la legitimación del nuevo papel social que pretendían desempeñar.

IV

Tomando como referencia el panorama presentado en los puntos anteriores, intentemos ahora explicar las semejanzas y las diferencias entre los dos casos. Vimos que tanto en Brasil como en Argentina los sociólogos se afirmaron contra los ensayistas, pero también que el modo en que esa relación se dio fue diferente en las dos experiencias. Intentemos en primer lugar dar cuenta de las semejanzas. En ambos casos, la inserción institucional de esa nueva disciplina, que representaba una innovación y un distanciamiento con relación a las tradiciones nacionales hasta entonces vigentes, promovió un enfrentamiento con el ensayo, género que se había convertido en la forma dominante de interpretación de los problemas nacionales en los dos países. El prestigio alcanzado por ese género en los dos casos correspondió a estadios incipientes de diferenciación de la vida intelectual y académica,³⁴ lo que explica el hecho de que la sociología no haya enfrentado, como en los casos europeo y norteamericano, desde finales del siglo XIX, disciplinas ya relativamente establecidas en el sistema universitario.

³⁴ Al distinguir entre vida intelectual y vida académica pensamos, de un lado, en el desarrollo de las tradiciones artísticas e intelectuales a partir de la matriz literaria y, de otro, en el proceso de diferenciación institucional, que se refiere al surgimiento de un sistema académico y a la correlativa emergencia de disciplinas y profesiones académicas. A este respecto, y tal como se desprende de nuestro argumento, en Brasil la temprana consolidación de un sistema literario, que no tuvo equivalente en Argentina, permitió una mayor diferenciación de su tradición intelectual, expresada, por ejemplo, en el desarrollo de un ensayo de tipo histórico-sociológico. En Argentina, la diferenciación posterior de su tradición intelectual tuvo, como contrapartida, una diferenciación institucional anterior, promovida por la unificación de un sistema nacional universitario desde finales del siglo XIX.

Pasemos entonces a las diferencias. Para evaluar con más precisión la relación postulada entre inserción institucional de la disciplina y enfrentamiento con el ensayismo, conviene recuperar comparativamente los condicionantes del desarrollo moderno de la sociología en los dos centros principales de la sociología brasileña (São Paulo y Rio de Janeiro) durante su fundación y en el caso de Buenos Aires, eje de dicho proceso en Argentina.

Cuadro 1

Condicionantes del desarrollo de la sociología moderna

	<i>Inmigración masiva</i>	<i>Intervenciones políticas</i>	<i>Organizaciones académicas modernas</i>
São Paulo	sí	no	sí
Rio de Janeiro	no	sí	no
Buenos Aires	sí	sí	sí

Cabe diferenciar, en primer lugar, los casos de Buenos Aires y São Paulo del de Rio de Janeiro. En las dos primeras ciudades, la sociología se fortaleció en torno de 1950, en el marco de un proceso de modernización de las organizaciones académicas que tuvo lugar en las facultades de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (en función de la reforma universitaria post-peronista de la segunda mitad de la década de 1950) y de Filosofía, Ciencia y Letras de la Universidad de São Paulo (desde la década de 1930). En Rio de Janeiro, en cambio, con el fracaso de un intento similar —el de la UDF— ocurrido también en los años de 1930, la enseñanza y la investigación permanecerían disociadas hasta finales de la década de 1960, no permitiendo de esa manera el desarrollo de una “vida académica propiamente dicha” (Miceli, 2001). La inmigración masiva ocurrida en São Paulo y Buenos Aires fue un condicionante fundamental del éxito de las experiencias porteñas y paulista. En efecto, al promover la temprana constitución de clases medias directamente interesadas en las nuevas carreras universitarias, los inmigrantes y sus descendientes desempeñaron un papel decisivo en la concretización de los intentos de modernización académica.³⁵ En otros términos,

³⁵ Vale la pena recordar que la modernización de la universidad y el notable desarrollo de la sociología en la ciudad de Chicago a comienzos del siglo XX también fue condicionado por el crecimiento demográfico y por la diferenciación social provocados por la inmigración masiva (Bulmer, 1984).

la diferenciación social (asociada con un proceso de desarrollo económico acelerado en las dos ciudades) catalizada por la inmigración, fue uno de los soportes principales para la conversión de proyectos educativos inicialmente concebidos por las elites en modernas empresas académicas, afinadas con las demandas de ascenso social de las clases medias.

Las ciudades de Río de Janeiro y de Buenos Aires se aproximaban por su condición de centros políticos nacionales, lo que implicaba en esos casos la existencia de una tensión más pronunciada y constante entre poderes académicos y políticos (diferentemente de lo que ocurrió en São Paulo, donde la universidad casi no sufrió intervención política directa). No obstante, en Buenos Aires, la solidez de su sistema académico, establecido desde finales del siglo XIX, y la presión social ejercida por la clase media emergente, constituyeron un contrapeso a las recurrentes intervenciones políticas hasta mediados de la década de 1960, cuando las dictaduras militares sucesivas prácticamente bloquearon las condiciones de existencia de la vida académica en Argentina hasta la apertura democrática de 1983. En Río de Janeiro, en cambio, las intervenciones políticas realizadas durante la era Vargas (y la presencia del Estado como un promotor directo de la vida intelectual) no encontraron resistencia equivalente en una institución universitaria recién creada ni en una sociedad que no contaba todavía con una clase media comparable con las de Buenos Aires y São Paulo, lo que limitó el desarrollo de la sociología moderna en Río de Janeiro.³⁶

Teniendo en cuenta la evolución de las tradiciones intelectuales y el grado de institucionalización universitaria de la sociología, veamos ahora las relaciones entre sociología y ensayo que prevalecieron en cada caso.

Cuadro 2

Relaciones entre sociología y ensayo

	<i>Ensayo</i>	<i>Institucionalización</i>	<i>Disputas</i>	<i>Continuidad</i>
São Paulo	histórico-sociológico	efectiva	sí	sí
Río de Janeiro	histórico-sociológico	parcial	no	sí
Buenos Aires	literario	efectiva	no	no

³⁶ A este respecto, es muy sugestivo que las ciencias sociales en Río de Janeiro alcanzaran un desarrollo más expresivo con posterioridad al traslado del centro político de Río para Brasilia.

La comparación de los casos de São Paulo y de Rio de Janeiro pone de relieve que allí donde la sociología logró una más plena institucionalización en el sistema universitario, las disputas con el ensayo fueron más acentuadas. La lucha por la profesionalización de la nueva disciplina favoreció una actitud “cientificista” en São Paulo, encarnada sobre todo por jóvenes profesores provenientes de las capas bajas de la sociedad, como lo comprueba el caso emblemático de Florestan Fernandes. En todo caso, desde la década de 1950 el ensayismo fue más valorizado por los científicos sociales cariocas que por los paulistas, diferencia asociada con el carácter relativamente más débil de la universidad en Rio de Janeiro, razón por la cual esta última no llegó a constituirse en la fuente principal de identidad de los intelectuales a ella vinculados. Quizá el ejemplo más expresivo a este respecto sea la reivindicación de Guerreiro Ramos en favor de la formación de una “sociología nacional”, cuyos precursores estarían entre los ensayistas. Hacia fines la década de 1960, Wanderley Guilherme dos Santos haría algo parecido al valorizar la tradición de los pensadores políticos brasileños de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, y como ya fue dicho, tanto en São Paulo, donde las disputas fueron más fuertes, como en Rio de Janeiro, la sociología se aproximó al ensayo desde el punto de vista de los temas, los problemas, las perspectivas teóricas y las interpretaciones. Según nuestra hipótesis, tal relación de continuidad se explica por el carácter mismo del ensayo brasileño de los años de 1930 y 1940: ya diferenciado y operando una transición de la literatura a las ciencias sociales.

En Argentina, como vimos, la sociología se distanció del ensayo al asumir una orientación intelectual radicalmente distinta, e interesada menos en el tema de la identidad nacional que en el problema de la modernización. En esa dirección, la interpretación del fenómeno de la inmigración masiva conectó los dos géneros y contrapuso las visiones de unos y otros. Si en el ensayo prevaleció una visión negativa del inmigrante, en la sociología liderada por Germani —él mismo un extranjero— el inmigrante sería visto como el agente decisivo de las transformaciones modernizadoras del país. A pesar de esa profunda divergencia, como del hecho de una institucionalización efectiva de la sociología en Buenos Aires, lo cierto es que en esta última experiencia casi no hubo disputas directas entre sociólogos y ensayistas. Distanciados intelectualmente, los sociólogos se alinearon políticamente con los ensayistas en oposición al peronismo (1946-55), circunstancia que terminaría amortiguando las tensiones entre los rivales.

Si en Brasil los ataques de los sociólogos a los ensayistas escondieron filiaciones intelectuales; en Argentina la timidez de las críticas de los primeros contra los segundos disfrazó la distancia entre ambos.

Recibido: noviembre de 2011

Revisado: junio de 2012

Correspondencia: AB, Departamento de Ciencias Sociales/Universidad Nacional de Quilmes/Lorenzo Vintter 824/Apart. 1 (1405)/Ciudad Autónoma de Buenos Aires/Argentina/correo electrónico: ablanco@unq.edu.ar; LCJ, Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas/Universidad de São Paulo/Av. Prof. Luciano Gualberto 315/Cidade Universitária/Sao Paulo/Brasil/correo electrónico: ljackson@usp.br

Bibliografía

- Alonso, Angela (2002), *Idéias em movimento*, São Paulo, Paz e Terra.
- Altamirano, Carlos (2004), "Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la 'ciencia social' en la Argentina", en Mariano Plotkin y Federico Neiburg (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 31-65.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo (1983), *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, CEAL.
- Anderson Imbert, Enrique (1988), *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 3, México, FCE.
- Arantes, Paulo E. (1992), "Providências de um crítico literário na periferia do capitalismo", en Maria Angela D'Incao y Eloísa Faria Scarabòtolo (orgs.), *Dentro do texto, dentro da vida*, São Paulo, Cia. das Letras.
- Araújo, Ricardo Benzaquen (1994), *Guerra e paz: Casa-Grande & Senzala e a obra de Gilberto Freyre nos anos 30*, Rio de Janeiro, Editora 34.
- Arruda, Maria Arminda do Nascimento (2011), "Modernismo e regionalismo no Brasil: entre a inovação e tradição" (inédito).
- Arruda, Maria Arminda do Nascimento (2009), "Sociología y cultura modernas en el Brasil. La sociología de Florestan Fernandes", *Prismas*, vol. 13, núm. 2, julio-diciembre, pp. 225-238.
- Arruda, Maria Arminda do Nascimento (2001), *Metrópole e cultura*, São Paulo, EDUSC.
- Arruda, Maria Arminda do Nascimento (1995), "A Sociologia no Brasil: Florestan Fernandes e a 'escola paulista'", en Sérgio Micéli (org.), *História das Ciências Sociais no Brasil*, vol. 2, São Paulo, Sumaré, Idesp, Fapesp.
- Assis, Machado de (2011), "Notícia da atual literatura brasileira-instinto de nacionalidade", *O Jornal e o livro*, São Paulo, Cia. das Letras.
- Avellaneda, Andrés (1980), "El naturalismo y E. Cambaceres", en *Historia de la literatura argentina*, vol. 2, *Del Romanticismo al Naturalismo*, Buenos Aires, CEAL.
- Ben-David, Joseph (1971), *The Scientific Role in Society. A Comparative Study*, New Jersey, Prentice-Hall.
- Bernasconi, Alicia y Oswaldo Truzzi (2000), "Las ciudades y los inmigrantes: Buenos

- Aires y Sao Paulo (1880-1930)", en *Brasil-Argentina, A visão do outro*, Buenos Aires, Fundación Centro de Estudios Brasileiros, Funag.
- Blanco, Alejandro y Luiz Carlos Jackson (2011a), "Intersecciones: crítica literaria y sociología en Argentina y Brasil", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 15, pp. 31-51.
- Blanco, Alejandro y Luiz Carlos Jackson (2011b), "Crítica literária e sociologia no Brasil e na Argentina", *Tempo Social. Revista de sociologia da USP*, vol. 23, núm. 2, pp. 13-40.
- Borello, Rodolfo (1993), "Radiografía de la pampa y las generaciones de 1925 y de 1950. Interpretaciones y discípulos", en E. Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, edición crítica bajo la coordinación de Leo Pollman, Buenos Aires, Colección Archivos-FCE, pp. 425-441.
- Borello, Rodolfo (1968), "La crítica moderna", en *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, vol. 12, Buenos Aires, CEAL.
- Bothelo, André (2009), "Pasado futuro de los ensayos de interpretación del Brasil", *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, vol. 13, pp. 183-195.
- Bothelo, André (2007), "Secuencias de una sociología política brasileira", *Dados, Revista de Ciências Sociais*, vol. 50, núm. 1, pp. 49-82.
- Botelho, André (2002), *Aprendizado do Brasil: a nação em busca de seus portadores sociais*, Campinas, Unicamp.
- Buchbinder, Pablo (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Buchbinder, Pablo (1997), *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Bulmer, Martin (1984), *The Chicago School of Sociology*, Chicago, University of Chicago.
- Candido, Antonio (2007), *Formação da literatura brasileira. Momentos decisivos*, Rio de Janeiro, Ouro sobre Azul.
- Candido, Antonio (2006), "O significado de *Raízes do Brasil*", en S. B. de Holanda, *Raízes do Brasil*, São Paulo, Cia. das Letras.
- Candido, Antonio (1987), "Literatura e cultura de 1900 a 1945", en *Literatura e sociedade*, Rio de Janeiro, Ouro sobre Azul.
- Carvalho Franco, Maria Sylvia de (1988), *Memorial presentado en la Universidade de São Paulo* (inédito).
- Carvalho, José Murilo de (1996), *A construção da ordem*, 2ª ed., Rio de Janeiro, Editora Relume Dumará.
- Dámaso Martínez, Carlos (1980), "Nacimiento de la novela: José Mármol", en *Historia de la literatura argentina*, vol. 1, *Desde la Colonia hasta el Romanticismo*, Buenos Aires, CEAL.
- Delgado, Josefina (1980), "Panorama de la novela", en *Historia de la literatura argentina*, vol. 1, *Desde la Colonia hasta el Romanticismo*, Buenos Aires, CEAL.
- Devoto, Fernando (2006), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- Devoto, Fernando y Boris Fausto (2008), *Argentina/Brasil 1850-2000. Un ensayo de historia comparada*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Falcoff, Mark (1975), "Intellectual Currents", en Mark Falcoff y Ronald H. Dolkart (eds.), *Prologue to Perón. Argentina in Depression and War, 1930-1943*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California, pp. 110-135.
- Fausto, Boris (2006), *História do Brasil*, São Paulo, Edusp.
- Fernandes, Florestan (1958) [1980], "Desenvolvimento histórico-social da sociologia no Brasil", en F. Fernandes, *A etnologia e a sociologia no Brasil*, São Paulo, Editora Anhambi.
- Fernandes, Florestan (1949), "Raízes do Brasil", *Revista do Arquivo Municipal*, vol. fev.
- Freyre, Gilberto (2004), *Sobrados e Mucambos*, São Paulo, Global Editora.
- Freyre, Gilberto (1933) [1992], *Casa-Grande & Senzala*, Rio de Janeiro, Record.
- Garcia, Sylvia (2002), *Destino ímpar*, São Paulo, Editora 34.
- Germani, Gino (1968), "La sociología en la Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 4, núm. 3.
- Germani, Gino (1965), "Los italianos en la sociedad argentina", *Análisis*, núm. 236, pp. 2380-2384.
- Giusti, Roberto (1968), "Panorama de la literatura argentina contemporánea", en Rodolfo A. Borello (selección), *La crítica moderna*, Buenos Aires, CEAL.
- Gorelik, Adrián (2005), "Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo", *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, vol. 5, núm. 5, pp. 283-311.
- Gouldner, Alvin (1969), "El antiminotauro: el mito de una ideología libre de valores", en Irving Horowitz (comp.), *La nueva sociología*, vol. 1, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gramuglio, María Teresa (2001), "Posiciones, transformaciones y debates en la literatura", en Alejandro Cattaruzza (dir.), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Gramuglio, María Teresa (1986), "Sur en la década del treinta. Una revista política", *Punto de Vista*, vol. IX, núm. 28, pp. 109-117.
- Hall, Michael (1969), *The Origins of Mass Migration in Brazil, 1871-1914*, Nueva York, Columbia University.
- Heilbron, Johan (2006), *Naissance de la sociologie*, Marsella, Agone.
- Henríquez Ureña, Pedro (1949), *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, FCE.
- Holanda, Sergio Buarque (1936/1975), *Raízes do Brasil*, Rio de Janeiro, José Olympio.
- Ianni, Octavio (1961), "Estudos de comunidade e conhecimento científico", *Revista de Antropologia*, vol. 9, núms. 1 y 2.
- Jackson, Luiz Carlos (2003), *Representações do mundo rural brasileiro. Dos precursores à sociologia paulista*, São Paulo, Universidade de São Paulo, tesis de doctorado.
- Jackson, Luiz Carlos (2002), *A tradição esquecida: os parceiros do Rio Bonito e a sociologia de Antonio Candido*, Belo Horizonte, UFMG, Fapesp.

- Jitrik, Noé (1980), "El ciclo de la Bolsa", en *Historia de la literatura argentina*, vol. 2, *Del Romanticismo al Naturalismo*, Buenos Aires, CEAL.
- King, John (1989), *Sur: Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, México, FCE.
- Lafleur, Héctor, Sergio Provenzano y Fernando Alonso (2006), *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, Buenos Aires, El 8vo Loco Ediciones.
- Lepenies, Wolf (1994), *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, FCE.
- Lima, Nisia Trindade (1999), *Um sertão chamado Brasil*, Rio de Janeiro, Revan, UCAM, IUPERJ.
- Miceli, Sérgio (2007), "Jorge Luis Borges: historia social de um escritor nato", *Novos Estudos*, núm. 77, pp. 155-182.
- Miceli, Sérgio (2004), "La vanguardia argentina en la década de 1920 (notas sociológicas para un análisis comparado con el Brasil modernista)", *Prismas*, vol. 8.
- Miceli, Sérgio (2001a), "Por uma sociologia das ciências sociais", en Sérgio Miceli (comp.), *História das ciências sociais no Brasil*, 2ª ed., São Paulo, Editora Sumaré.
- Miceli, Sérgio (2001b), *Intelectuais à brasileira*, São Paulo, Cia. das Letras.
- Monegal, Emir Rodríguez (1956), *El juicio de los parricidas*, Buenos Aires, Deulalió.
- Moore, Barrington (1975), *As origens sociais da ditadura e da democracia*, Lisboa, Cosmos.
- Myers, Jorge (1998), "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Nunes Ferreira, Gabriela (1999), *Centralização e descentralização no Império*, São Paulo, Editora 34.
- Onega, Gladys (1982), *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL.
- Pécaut, Daniel (1990), *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação*, São Paulo, Editora Ática.
- Peixoto, Fernando (2000), *Diálogos brasileiros: uma análise da obra de Roger Bastide*, São Paulo, Edusp, Fapesp.
- Peroiso, Graciela y Nannina Rivarola (1980), "Ricardo Rojas. Primer profesor de literatura argentina", en *Historia de la literatura argentina*, vol. 3, *Las primeras décadas del siglo*, Buenos Aires, CEAL.
- Pontes, Heloisa (2001), "Retratos do Brasil: editores, editoras e 'Coleções Brasilianas nas décadas de 30, 40 e 50'", en Sergio Miceli (comp.), *História das ciências sociais no Brasil*, 2ª ed., São Paulo, Editora Sumaré, pp. 419-476.
- Prado Júnior, Caio (1942) [1994], *Formação do Brasil contemporâneo*, São Paulo, Brasiliense.
- Prado Júnior, Caio (1948), "Métodos sociológicos", *Fundamentos*, núm. 4.

- Prieto, Adolfo (1988), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Prieto, Adolfo (1980), “La generación del ochenta. La imaginación”, en *Historia de la literatura argentina*, vol. 2, *Del Romanticismo al Naturalismo*, Buenos Aires, CEAL.
- Prieto, Adolfo (1969), *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna.
- Prieto, Adolfo (1968a), “La prosa romántica: memorias, biografías, historia”, en *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, vol. 12, Buenos Aires, CEAL.
- Prieto, Adolfo (1968b), *El periódico Martín Fierro*, Buenos Aires, Galerna.
- Prieto, Adolfo (1968c), *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL.
- Prieto, Adolfo (1964), *Antología de Boedo y Florida*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Prieto, Adolfo (1956), *Sociología del público argentino*, Buenos Aires, Leviatán.
- Rama, Ángel (2001), “Dez problemas para o romancista latino-americano”, en Flávio Aguiar y Sandra Guardini T. Vaconcelos (orgs.), *Ángel Rama. Literatura e cultura na América Latina*, São Paulo, EDUSP.
- Ravina, Aurora (1999), “Profesar el plural. *Nosotros*, 1907-1934/1936/1943”, en Noemí Girbal Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson (dirs.), *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- Rest, Jaime (1982), *El cuarto en el recoveco*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Ricupero, Bernardo (2004), *Romantismo e a idéia de nação no Brasil*, São Paulo, Martins Fontes.
- Ross, Dorothy (1991), *The Origins of American Social Science*, Cambridge, Cambridge University.
- Saítta, Sylvia (2004), “Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, en Mariano Plotkin y Federico Neiburg (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 107-146.
- Sarlo, Beatriz (1997), “Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, pp. 211-260.
- Sarlo, Beatriz (1988), *Una modernidad periférica*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Schwarcz, Lilia (1998), *As barbas do imperador*, São Paulo, Cia. das Letras.
- Schwartz, Jorge (2002), “Introducción”, en J. Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Buenos Aires, FCE, pp. 33-94.
- Schwarz, Roberto (2000), *Um mestre na periferia do capitalismo*, São Paulo, Editora 34.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Sorá, Gustavo (2010), *Brasilianas. José Olympio e a gênese do mercado editorial brasileiro*, São Paulo, EDUSP.

- Sussekind, Flora (1990), *O Brasil não é longe daqui*, São Paulo, Cia. das Letras.
- Tedesco, Juan Carlos (1982), *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1900)*, Buenos Aires, CEAL.
- Terán, Óscar (1993), “‘El payador’ de Lugones o ‘la mente que mueve las moles’”, *Punto de Vista*, año XVI, núm. 47.
- Terán, Óscar (1987), *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Tiryakian, Edward A. (1979), “The Significance of Schools in the Development of Sociology”, en William E. Smizek, Ellsworth R. Fuhrman y Michael K. Miller (eds.), *Contemporary Issues in Theory and Research. A Meta Sociological Perspective*, Westport, Greenwood Press, pp. 211-233.
- Viñas, David (1964), *Literatura nacional y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo XX.
- Zanetti, Susana (2008), “El modernismo y el intelectual como artista: Rubén Darío”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América latina*, vol. 1, Buenos Aires, Katz Editores.

Acerca de los autores

Alejandro Blanco es profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes e investigador del CONICET. Su área de interés es la sociología de la cultura y de la vida intelectual en América Latina. Entre sus publicaciones podemos citar “Talcott Parsons y Gino Germani: caminos cruzados, trayectorias convergentes”, en Clemencia Tejeiro Sarmiento (ed.), *Talcott Parsons: ¿el último clásico?*, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas-Universidad Nacional de Colombia, 2012, pp. 507-526; además de, en coautoría con Luiz Carlos Jackson, “Intersecciones: crítica literaria y sociología en Argentina y Brasil”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 15, 2011, pp. 31-51.

Luiz Carlos Jackson es profesor del Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de São Paulo. Su área de interés es la sociología de la cultura y de la vida intelectual en América Latina. Algunas de sus publicaciones recientes son, en coautoría con Alejandro Blanco, “Intersecciones: crítica literaria y sociología en Argentina y Brasil”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 15, 2011, pp. 31-51; así como “Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas”, en Carlos Altamirano (org.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 2, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 630-651.